

AGUSTÍN HERNANDO
Departamento de Geografía. Universidad de Barcelona

La creación del saber geográfico de España en los siglos XVI y XVII

RESUMEN

La aparición del libro impreso y la demanda de cultura geográfica experimentadas en el Renacimiento explican el crecimiento del saber geográfico en general y de los países en particular. El discurso de Geografía de España creado, gráfico y literario, es el resultado, en primer lugar, de la consulta de obras clásicas, como las de Estrabón y Ptolomeo, que sirven de modelo inspirador; en segundo lugar, de la aportación de nuevos saberes procedentes de viajeros, estudiosos autóctonos y datos administrativos y comerciales; y en tercer lugar, de la escasa cartografía formada en estos siglos, como la que aparece en el *Theatrum* de Ortelius.

RESUMÉ

La création de la connaissance géographique de l'Espagne dans les XVI^e et XVII^e siècles.- Pendant la Renaissance, l'apparition du livre imprimé et la demande de culture géographique expliquent la croissance expérimentée par le savoir géographique en général et de chaque pays en particulier. Le discours créé de Géographie de l'Espagne, autant le graphique que le littéraire, est le résultat de la consulte des oeuvres classiques, comme celles de Strabon et Ptolémée, qui font figure de modèle: ils en résultent aussi des nouvelles connaissances apportées par des voyageurs, des erudits autochtones et des données administra-

tifs et commerciaux, ainsi que de la rare cartographie formée pendant ces siècles, comme celle qui apparaît dans le *Theatrum* d'Ortelius.

ABSTRACT

The creation of geographical knowledge about Spain during the XVI and XVII centuries.- The apparition of printed book and the demand of geographical culture lead during the Renaissance to a higher geographical knowledge, both general and specific of each country. The created discourse of Geography of Spain, graphic and literary, results firstly from the lecture of Strabo and Ptolomeo classical works, which serve as a model. Then, it results from new knowledges coming from travelers, autochthonous scholars and commercial and administrative facts, and finally from the rare cartography of these centuries, such as that appeared in the Ortelius' *Theatrum*.

Palabras clave / Mots clé / Key words

Geografía de España, discurso geográfico, cartografía, siglos XVI y XVII.

Géographie de l'Espagne, discours géographique, cartographie, XVI^e et XVII^e siècles.

Geography of Spain, geographical discourse, cartography, XVI and XVII centuries.

I LA APARICIÓN DE UNA CULTURA GEOGRÁFICA IMPRESA: FUENTES INSPIRADORAS Y ESTÍMULOS DESENCADENANTES

SIMILAR al saber disponible de cualquier otra de las numerosas *Terrae Incognitae* existentes en Occiden-

te, la aparición y creación del conocimiento geográfico de España refleja análogos rasgos al conocimiento surgido a lo largo del tiempo, referido al mundo u otros continentes. La información establecida de un territorio y de la sociedad que lo ocupa combina datos y opiniones, juicios y conjeturas; la lectura de las obras que albergan dicho saber revela igualmente las actitudes y

creencias sostenidas por sus autores, y evocan ciertos valores asumidos por la sociedad del momento.

Hasta la fecha, los estudios consagrados a conocer las aportaciones bibliográficas heredadas del Renacimiento, período en el que aparece una nueva cultura geográfica, se han ocupado de su inventario y de advertir algunos de los aspectos formales que reúnen, destacando las novedades y méritos que ofrecen, como la presencia de ciertas nociones, el registro puntual de unos datos novedosos, el uso de un vocabulario, o el manejo de una metodología. Disponemos igualmente de trabajos que pretenden divulgar su atractivo estilo expositivo, más que su aportación documental, como en el caso de los atlas, con la edición de facsímiles de algunas de las iniciativas más destacadas de este período. Todas estas interesantes contribuciones subrayan que se trata de una tradición, género o corriente, denominada geografía descriptiva, también calificada como estraboniana, oponiéndola a la ptolemaica. Las manifestaciones o cualidades más destacadas que ostenta esta tradición son las siguientes: el interés por conocer las peculiaridades de un escenario y sus habitantes (aquellos hacia lo que dirigen su curiosidad); el empleo del lenguaje literario como instrumento o recurso para representar y transmitir de manera evocadora esa información (la descripción literaria como metodología); y justificar su aparición y crecimiento en la demanda de información, con la intención de facilitar la toma de decisiones (pragmatismo o finalidad aplicada). Estas ideas son las que han caracterizado, y todavía caracterizan, el discurso de la Geografía de España.

El legado de saberes que evocan la realidad geográfica de España puede ser contemplado desde múltiples perspectivas. La que aquí abordamos corresponde al deseo de averiguar la génesis de este saber, sus orígenes y las circunstancias que concurren en su creación o invención. Como toda idea, dato, o metodología, los temas que componen la Geografía de España actual poseen un momento de configuración, que hemos situado en el Renacimiento, etapa en la que aparece la literatura geográfica impresa. Aunque pueden establecerse diversos ciclos en la creación de información y las peculiaridades que reúne, sin duda, uno de los más distintivos es el que se inicia en el Renacimiento, con la edición de los primeros trabajos. A esta etapa pertenecen las más vetustas manifestaciones impresas disponibles. Es en ellas en las que podemos descubrir y apreciar las cualidades que caracterizan la Geografía de España de ese momento, la imagen que poseen sus autores de esta porción territorial.

Atraídos los estudiosos renacentistas por el valor documental que representan las obras clásicas, como depositarias y portadoras de información, y contagiados de sus gustos, el saber geográfico irrumpe de nuevo en Occidente en el transcurso de los siglos xv y xvi. Como factores que estimularon y contribuyeron a su creación y difusión destacan la invención de la imprenta y el impacto de los nuevos descubrimientos con el cambio producido en la concepción del mundo. Si examinamos el legado geográfico publicado en ese momento, descubriremos la existencia de dos tipos de trabajos. Unos, que gozan de un elevado reconocimiento, proceden del lejano pasado. Es el caso de las obras de Estrabón y Ptolomeo, escritas en el siglo primero y segundo de nuestra era, respectivamente. A su lado aparecen otros ejemplares, escritos por autores renacentistas. Como peculiaridades más destacadas de estos últimos, vemos que reflejan muchos de los rasgos de la cultura precedente, debidamente asimilada, junto a ingredientes informativos y culturales nuevos, aportados por la existencia de exploradores y descubridores. La obsoleta e insuficiente información que ofrecen las primeras obras no satisface las aspiraciones de aquellos que buscan noticias más exactas y actualizadas del mundo, lo que explica la aparición de otras contribuciones, en las que, pese a su novedad, podemos detectar características similares a las de las obras precedentes. Estas réplicas renacentistas, surgidas en escenarios y culturas europeas diferentes, conviven y desafían la fascinación y afecto tributado a las clásicas. Tras cierta rivalidad, estas últimas, como vencedoras, son las encargadas de satisfacer y difundir una novedosa cultura geográfica, a una sociedad ansiosa por conseguir unas informaciones o visiones actualizadas del escenario y la sociedad, entre cuyas páginas encontramos las correspondientes a la Península Ibérica.

Como veremos, la plasmación o representación del nuevo saber geográfico, como ya lo había sido en el lejano pasado, no es exclusivamente literaria, ya que también se suele manifestar visualmente mediante el lenguaje gráfico. En numerosas ocasiones, ambos lenguajes conviven y se complementan; incluso, en ciertos casos, los textos literarios se subordinan al protagonismo que cobra el mapa, como sucede en los lujosos atlas. Lo más relevante es descubrir cómo los aficionados o expertos en geografía, se enfrentan a la tarea consistente en expresar la información disponible a través de ambos canales comunicativos.

El contexto en el que aparece y se incrementa esta nueva cultura geográfica no sólo es bastante diferente del lejano pasado clásico, sino también del actual. Se

aprecian acusados contrastes, tanto desde el punto de vista informativo, como en el gusto y valores de su cultura; por ejemplo, estéticos, sociales, intelectuales o funcionales. Tanto los creadores de estos mensajes informativos, como los destinatarios o consumidores de sus productos, responden a perfiles muy diferentes a los de homónimos protagonistas de otros tiempos. Y como veremos, se trata de un modelo o género geográfico nutrido y enriquecido con las aportaciones brindadas por varias tradiciones definidas como la matemática, astronómica y naturalista. La Geografía de España que aparece bosquejada en los libros de los siglos XVI y XVII constituye una creación síntesis, elaborada con un estilo en el que confluyen, debidamente asimiladas, diversas aportaciones del pasado. La descripción literaria está organizada siguiendo la lógica de unos criterios que se establecen ahora; en ocasiones, la información aparece ilustrada con imágenes simbólicas, que, además de documentar el texto, lo amenizan y ayudan a su comprensión y fijación; y aparece insertada en discursos más amplios, correspondientes a lo que hoy denominamos una geografía del mundo o universal.

El examen de los más remotos testimonios documentales suscita otros interrogantes. Además de apreciar el valor de su información, también resulta atractivo descubrir las cualidades de su retórica o recursos persuasivos empleados por sus autores. Ello nos llevará a preguntarnos qué representaba ese saber en la época, o dicho de otra manera, cuál fue su intencionalidad, la que impulsó a sus autores a su invención, y la función intelectual o práctica que pudieron desempeñar. También resulta atractivo ponderar los méritos que reúnen los mensajes encerrados en sus páginas, el logro de su discurso, la calidad y cantidad de datos que contienen, las categorías conceptuales que emplean, la naturaleza de las explicaciones o juicios de valor que usan; o el orden o secuencia con el que aparecen organizados o dispuestos estos saberes. Todos estos temas son, en definitiva, los aspectos hacia los que sus autores consagraron el mayor empeño, poniendo de manifiesto su ingenio. De igual manera, podemos dirigir la atención hacia aquellos datos que ignoran, o hacia alienamientos latentes que aparecen en tales páginas.

Si leemos atentamente los relatos disponibles o acompañamos a sus autores en su periplo por la Península, descubriremos, a través de sus ojos, una «realidad» externa; a su vez, reflexionando, conoceremos también su personalidad. A través de sus páginas comprobamos cómo perciben unos escenarios y grupos sociales, los fenómenos hacia los que se muestran más sensibles. Y

también, cómo codifican y presentan sus concepciones, las destrezas literarias con que están equipados y cuál es el alcance de su difusión o efecto producido. Todo ello nos conduce a conocer qué obras y saberes tenía a su disposición el público culto del Renacimiento, aquel que pudiera saciar su curiosidad geográfica o deseo de saber acerca de la Península, lo que resulta igualmente atractivo.

El punto de arranque de este saber geográfico lo situamos en el Renacimiento. Su justificación reside en proceder de estas fechas los ejemplares más antiguos conocidos, y ser el origen ininterrumpido de una tradición cultural manifestada en la aparición de obras impresas. La periodización está limitada a los inicios, etapa que va desde la estampación de los más antiguos testimonios impresos, segunda mitad del siglo XV, a la existencia de las primeras monografías o volúmenes exentos dedicados a España, aparecidos en el transcurso del siglo XVII.

1. LA INVENCION Y REPRESENTACION DE UNA REALIDAD GEOGRAFICA

Los capítulos de las obras de geografía han sido y son las ventanas a través de las cuales se asoma la sociedad a contemplar y conocer la realidad de una país. A través de los ojos de sus autores, hemos adquirido ese saber, aprendiendo unos datos e ideas, que son los configuradores de la concepción que poseemos del lugar. La información plasmada en tales obras corresponde a una cultura que se transmite a través de un lenguaje (género literario) y del diseño de unas imágenes (artes visuales). Durante siglos, junto a la tradición oral, estos recursos han sido la única forma de representar la realidad. Los ejemplares que acogen y difunden este saber son, por tanto, escaparates que revelan e ilustran una cultura.

En el pasado, el libro ha sido el mayor y más eficaz agente transmisor de una cultura geográfica. Ayudado por la tecnología que supuso la invención de la imprenta, se pudo difundir ampliamente el saber que las personas tenían de la realidad circundante. Su parcialidad o descontento estimuló sucesivamente la aparición de nuevas concepciones o aportaciones. A su vez, el talento creativo y ciertas habilidades desplegadas por algunos autores, permitieron grabar e imprimir unas imágenes gráficas que en ocasiones acompañan y enriquecen el texto. Ambos lenguajes ofrecen la posibilidad de visualizar e imaginar, concebir, la realidad. Redactar o produ-

cir un capítulo de Geografía de España, o de cualquier país, corresponde a un acto creativo consistente en dar a conocer una concepción o información, plasmada mediante el convencionalismo de unos lenguajes; supone efectuar un conjunto de acciones diversas, las cuales exigen unas competencias y destrezas, como dibujar, redactar, o calcular unas magnitudes. En definitiva, los creadores de la información disponible de España, poseen un talento similar al de otros artistas, ofreciendo y representando una visión determinada del país.

Junto al contenido o logos de estos discursos, otro de los aspectos que atraen la atención es su retórica o la forma que adquiere esta representación, y con la que se quiere dotar de fuerza evocadora o comunicativa a la información. Fruto del empleo inteligente y acertado de unos recursos comunicativos, estilo y estética, ciertas exposiciones poseen una mayor capacidad evocadora, una elocuencia que les permite ser más convincentes o persuasivas, ganándose la confianza de los lectores y adquirir un prestigio o autoridad. Algunos de los más carismáticos autores lograron manejar con esmero, tanto una brillante iconografía, expresada en los elegantes mapas o vistas de ciudades, como una sugestiva y entusiasta prosa narrativa cargada de vocablos ensalzadores, generando visiones apologéticas e imágenes propagandísticas de tales lugares. Ambos recursos o lenguajes contribuyen a ofrecer y difundir una información seleccionada de los lugares, brindando una visión determinada de la realidad, a la que adjetivan, comparan y juzgan, distorsionándola y haciéndola más o menos atractiva.

Si hoy se apela, por ejemplo, a las diversas filosofías de la ciencia para juzgar los discursos existentes, empleando similares criterios y aplicándolos a los primeros testimonios, podemos descubrir cuáles son algunos de los valores que presiden o animan la creación de tales representaciones. Sabemos que el contexto cultural en que se insertan estas obras y los méritos que exhibe el género literario geográfico corresponden a la tradición humanista, fascinada por el legado de los clásicos. Por ello, sus creadores, saturados de una acusada sensibilidad didáctica, tratan de hacer asequible una realidad, fragmentándola y caracterizándola, poniéndola a disposición de una selecta minoría. A su vez, los autores de estos discursos son los responsables de la existencia y promoción de una cultura geográfica, facilitando información de los lugares y contribuyendo a su consulta y empleo por grupos sociales muy diversos.

Los capítulos que hemos examinado forman parte de obras de geografía universal, algo enciclopédicas; en

ellas ocupan un lugar destacado, como corresponde a una porción importante del continente europeo. Poseen una considerable extensión, eso sí, menor que la dedicada a sus respectivos países. Cuando se emancipa ese saber, última etapa del proceso creativo que examinamos, con la publicación de monografías o ejemplares exentos, este discurso contiene rasgos análogos a los de sus predecesores, e igualmente parangonables a los que configuran las presentaciones de otros lugares. Es decir, la Geografía de España disponible a finales de este período está inspirada y creada con similar espíritu al que exhibe cualquiera de las geografías regionales existentes en Europa.

En la edición de libros geográficos, como corresponde a cualquier empresa o iniciativa, confluyen intereses intelectuales, técnicos y comerciales. En estas obras reconocemos la activa presencia de tres protagonistas a los que debemos tributar nuestro aprecio y admiración: autores, editores y público destinatario. Los ejemplares publicados revelan, ante todo, la formación y cualidades que reúnen sus autores o creadores, principales héroes en esta trama. Vemos que poseen una sólida formación, adquirida, fundamentalmente, mediante la lectura del legado clásico, a la que recurren permanentemente. La lectura atenta de sus trabajos permite identificar, además de similares gustos, nuevas aspiraciones y la aparición de otras sensibilidades. Sus capítulos delatan el entusiasmo con que describen algunos lugares, así como el infatigable empeño desplegado para brindarnos una información actualizada y valiosa para las élites a las que estaba dirigida.

De igual manera, parte de los méritos que acredita esta producción bibliográfica hay que atribuirla a las empresas editoras, que, sensibles a la demanda existente, fueron las responsables de su producción y difusión. Los editores formaron parte de los círculos de eruditos existentes en Europa, gozando de la admiración y amistad tanto de autores como de responsables políticos y religiosos. Su vasta cultura les permitió seleccionar las obras y descubrir aquellos manuscritos potencialmente valiosos.

También resulta estimulante preguntarnos por el público al que iban destinadas. Recordemos que algunas de estas obras fueron redactadas a invitación o por encargo de unos editores, con la intención de formar parte de una colección y satisfacer así una demanda ya existente. La clientela estaba formada por un público sedentario, anhelante de cultura geográfica. Indudablemente, era una selecta minoría, compuesta principal-

mente por eruditos, mercaderes y nobles, a los que se les unirá más adelante, una población estudiantil. También descubrimos, a través de testimonios como las dedicatorias o los precios, así como al contemplar la majestuosidad de ciertas ediciones, una todavía más selecta clientela, formada por los más poderosos de la sociedad del momento. La intencionalidad con que se editan todas estas obras es la de ofrecer datos considerados relevantes, que contribuyen a la adquisición de una cultura que se halla en alza, y ganarse así el afecto y confianza del público.

¿Cuál fue el eco producido por la existencia de tales obras en la cultura geográfica de la sociedad española? Escaso, si nos fijamos en las citas, traducciones u obras similares producidas aquí. La sociedad española se hallaba más interesada en el conocimiento de América que en el de su propio escenario. Además de sus gustos e intereses, la presencia en España de una censura estricta explica que tales obras, procedentes de la cultura de la Reforma, y algunas figurando incluso en el Índice, no se tradujeran al castellano. Los lujosos atlas fueron traducidos en Amberes y Amsterdam, y la única obra vertida al castellano en España es una obra italiana, cuyo autor pertenece a la cultura católica. Como proyectos comerciales que eran, estas publicaciones fueron escritas en latín y pensadas para una clientela esparcida por toda Europa. De ahí que podamos suponer que su presencia en el mercado limitaba iniciativas que pretendieran rivalizar con ellas, aunque no parece que éste fuera el factor principal. Tampoco parece que la demanda animara a eruditos autóctonos a lanzarse a la producción de obras similares. A su vez, no todos los proyectos surgidos al calor de esta demanda producida en la Europa culta gozaron de similar estima; algunos apenas disfrutaron de difusión, debido a sus mediocres cualidades, o por haberse editado inmediatamente antes de iniciativas que experimentaron un extraordinario éxito, que las eclipsaron.

Otro de los hechos que llama la atención es que estas contribuciones al saber geográfico de España, fueron efectuadas por autores extranjeros, casi todos nacidos y educados en países que adoptan la Reforma. Sus trabajos son, en parte, discursos que parecen ajenos a los intereses culturales de aquí. Igualmente, debido a que algunos de sus valores difieren de los nuestros, exponen ideas o juicios, que en ocasiones fueron despectivos para el país, sus habitantes, instituciones y dirigentes. Y, al ser considerados como ofensivos o nocivos, no se vertieron al castellano. Se da la paradoja de que un país que usa por primera vez el término geografía en una obra

publicada en fecha tan temprana como es 1519, ignorará su propia geografía y no generará obras destinadas a su puesta al día. Habrá que esperar hasta aproximadamente 1800 para poder disponer de las primeras contribuciones escritas por autores españoles, concebidas y redactadas con una cultura parangonable a la de fuera. En el transcurso de la etapa que examinamos no disponemos de verdaderas corografías editadas en castellano, y las obras que se difunden, como la de Pedro de Medina, apenas mostrarán curiosidad por la realidad circundante. Los autores de los introductorios capítulos geográficos que preceden a las crónicas, para documentarse y dar a conocer el escenario en el que se desenvuelven los protagonistas de las mismas, acudirán a la consulta de las fuentes clásicas, en lugar de recurrir a su experiencia. Debido a la función que desempeñan las crónicas y el tono apologético que adoptan sus autores, una parte de su legitimación reside precisamente en mostrar los admirados juicios expuestos por autores antiguos, y proclamar que ya los geógrafos clásicos se ocuparon del lugar, sin advertir sus insuficiencias y tratar de incrementar el saber.

Este trabajo responde al interés suscitado recientemente por indagar cómo se representan los lugares e identificar cuáles son los atributos o cualidades que se asignan a los mismos. Es creciente la atención prestada a cómo hemos leído —leemos— la realidad externa, y cómo se codifica, expresa o representa ese saber, dando origen a una visión parcial o subjetiva de la realidad. Con él, pretendemos contribuir a dar a conocer cuándo y cómo surge el interés por España; quienes fueron los creadores de ese saber; y apreciar el producto que crean, determinado por sus gustos o aficiones temáticas.

El tema de la cultura geográfica de los siglos XVI y XVII ha sido abordado ya por autores como Fernández Vallín (1892), Blázquez (1909), Becker (1917), Bullón (1928), Reparaz (1943) o Vilá (1989). La lectura de tales aportaciones muestra intereses y actitudes dispares, como corresponde al siglo que separa tales investigaciones. Además de su valor informativo, apreciamos actitudes pesimistas o entusiastas, críticas de sus insuficiencias o lagunas y ensalzadoras de dicho legado. Hallamos autores deprimidos o fascinados ante tales aportaciones; obras a las que califican de colosales o mediocres. También nos tropezamos con interpretaciones acusadoras en las que se subrayan los defectos del legado, así como con denuncias de sus carencias; hay otras amables, ensalzadoras de sus virtudes. Esta visión tan dispar del legado geográfico no puede sorprender, ya que además de mostrar la actitud o filosofía de sus autores, también re-

fleja el momento de su publicación y los valores de la sociedad a la que estaban destinados. Por otro lado, conviene recordar que incluso hoy día, coexisten diversas aproximaciones al tema o visiones de la realidad circundante: empírica, positivista, humanística y social o funcional.

II

LOS PRIMEROS TESTIMONIOS IMPRESOS: DESCUBRIMIENTO DEL LEGADO CLÁSICO

1. LAS APORTACIONES DE ESTRABÓN, MELA, PLINIO Y PTOLOMEO

Traída de Constantinopla junto a otros importantes tesoros bibliográficos, la *Geografía* de Estrabón fue una de las obras traducidas del griego y divulgadas entre el público culto de Occidente, primero de manera manuscrita y más tarde, desde 1470, de manera impresa. Tras dos relevantes contribuciones dedicadas a aspectos históricos y teóricos, en su tercer libro se ocupa de la Península Ibérica. Contiene una descripción en la que nos va mostrando y valorando las características que posee el escenario y los diferentes pueblos que habitaban esta porción del ecumene. Además de contener abundantes noticias del solar hispano, útiles y amenas, un hecho destacable, y de gran impacto en el futuro, es la analogía que emplea al inicio de su presentación, tendente a mostrarnos la forma o perfil de la Península: compara su contorno con el de una piel de toro extendida. Dicha metáfora será repetida en casi todos los textos alusivos a nuestro país, hasta el siglo actual. Se trata de una analogía que por su sencillez, fuerza plástica y carisma de su autor ha tenido una extraordinaria longevidad, ilustrando asimismo, el lejano origen de muchas de nuestras ideas.

La *Geografía* de Estrabón será una de las obras más estimadas en los círculos renacentistas, y ejercerá una acusada influencia en la sociedad del momento, tal como delatan sus numerosas ediciones. Su popularidad se debe a la abundante información que contiene y al elegante estilo y claridad con que fue escrita. Cifrándonos a la Península, su contribución es doble: por un lado, reúne y nos brinda el saber geográfico de España disponible a comienzos de la era cristiana, bajo la dominación romana; por otro, la obra constituye un ejemplo o modelo que acredita tanto un interés por la realidad circundante, como una forma o manera de expresarlo. Ambas aportaciones fueron apreciadas en los siglos siguientes.

Por ello, a partir del Renacimiento, autores contagiados por actitudes y gustos similares escriben obras de cualidades parecidas, a las que se ha calificado, con toda justicia, como continuadoras de la tradición estraboniana.

En nuestro país han sido principalmente historiadores los que más se han ocupado de divulgar las características informativas de esta obra, y quienes han ponderado el valor de su contenido. Todavía no existe una edición castellana completa de la misma, y la primera edición del texto relativo a España, o sea, su libro tercero, fue efectuada por Juan López, hijo del célebre geógrafo Tomás López, en 1787. Sólo recientemente disponemos de varias ediciones anotadas con eruditas apostillas, de los primeros libros.

Junto a la *Geografía* de Estrabón, entre el conjunto de obras clásicas recientemente recuperadas y «descubiertas» en Occidente, también hallamos la presencia de otras que contienen visiones de la Península. Examinando sus capítulos, pronto vemos que responden a perfiles diferentes. De entre todas ellas, sobresalen las pertenecientes a los dos autores que más influencia ejercieron en el Renacimiento, los escritores latinos Pomponio Mela y Plinio Segundo o el Viejo. El primero escribe un manual geográfico, *De Situ Orbis* o *Chorographia*, cuyas pretensiones son menos ambiciosas que las que muestra la obra de Estrabón; contiene menor caudal informativo y su autor no está dotado de similar talento recopilador y literario. Sin embargo, su carácter ameno, la sencillez de su presentación y su accesibilidad, motivaron que fuera igualmente una obra divulgada a partir del siglo xv, traducidiéndose al castellano en 1642, conociendo una reedición en 1780, y otras recientemente.

La *Historia Natural* o *Naturalis Historia*, de Cayo Plinio posee rasgos diferentes a las precedentes. Aunque concebida como una obra recopiladora de temática naturalista, elaborada con gran rigor y conteniendo un rico arsenal informativo, se trata en realidad de una enciclopedia dedicada al mundo empírico o realidad tangible. Está compuesta de 37 libros, y en el tercero, nos presenta la geografía del solar hispano, siguiendo la división administrativa romana. Su autor se ocupa de temas que serán frecuentes en este tipo de presentaciones, como la situación, el contorno, sus rasgos físicos, las cualidades de los pueblos que habitan el país, prestando interés a sus principales ciudades. Esta obra, editada por primera vez en 1469, cuenta con numerosas reediciones, y se traduce al castellano en 1624. Desgraciadamente, hasta la fecha no disponemos de versiones recientes de esta obra. De los numerosos aspectos que contiene esta volu-

minosa aportación, han sido los libros consagrados a los fenómenos naturales los que han sido más divulgados y ensalzados, asociándose por ello a su autor, con la promoción y fomento de esta rama del conocimiento. Sin embargo, su acusada curiosidad por el mundo que le rodea y las características de los fenómenos que lo componen le convierten y acreditan como un célebre precedente, junto a figuras tan ilustres como Aristóteles, de importantes obras de contenido naturalista, así como de otras, que, aunque no aludan en su título a la geografía, son claros precedentes de esta rama del conocimiento.

A las importantes contribuciones señaladas hay que añadir, sin duda, la más célebre de todas ellas. Se trata de la *Geographia* de Ptolomeo, que es la obra geográfica que disfrutó de mayor estima y la que ejerció mayor influencia en círculos empeñados en la representación cartográfica de la realidad. Fuente y estímulo de otra fecunda tradición geográfica, su contenido informativo se diferencia acusadamente de las obras citadas. Como ya hemos expuesto en otro trabajo, esta admirada contribución la podemos desglosar en tres partes claramente diferenciadas entre sí, aunque complementarias. La primera corresponde a un ensayo o reflexión teórica y metodológica, relativa a la representación gráfica de la realidad. Contiene ideas y criterios consistentes en cómo expresar cartográficamente la localización de los lugares del orbe. En ella, su autor pondera y expone los principios que deben presidir la representación, lo más rigurosa y exacta posible, del ecumene o superficie conocida del orbe. Éste es para el autor, el objetivo de la Geografía: ofrecer un saber relativo a la localización de los diversos lugares, manifestado mediante la ayuda del mapa. Para elaborar este saber, Ptolomeo sugiere, no los rasgos, propiedades o atributos que caracterizan los lugares, tal como exponen los autores de las tradiciones precedentes, sino que debe estar compuesto de datos obtenidos mediante la precisión que ofrecen las coordenadas geográficas o magnitudes de latitud y longitud. De ahí que su segunda gran contribución corresponda a la información relativa a las coordenadas para fijar la posición de los lugares. Los datos están contenidos en los seis libros de los ocho de que consta, compuestos por multitud de cifras de esta naturaleza, relativas al ecumene. Fiel al proyecto emprendido, la tercera aportación de la obra consiste en el atlas o recopilación gráfica de los diferentes lugares del ecumene conocido en el siglo II de nuestra era.

La fuerza seductora de sus mapas y el valor informativo que se desprende de los mismos, aunado al rigor metodológico con que están trazados, despertaron una

gran admiración en la sociedad renacentista, y ejercieron rápidamente un gran impacto en los círculos eruditos de la época. De ahí que fuera una obra reproducida incesantemente, en códices y libros, durante los siglos XV y XVI. Para comprender el por qué de su éxito, basta contrastar la imagen gráfica del mundo que ofrece este atlas con la de cualquier carta náutica coetánea. Si hojeamos algunos de los ejemplares impresos en esta época, comprobaremos con gran sorpresa, que, además de sus espléndidos mapas, esta obra reúne los aspectos que hoy día caracterizan el discurso de la Geografía de España: unos mapas, unas magnitudes y unos textos descriptivos. El fervor despertado por esta obra, aclamada en todos los tiempos, puede ayudarnos a comprender que sea el escaparate y marco idóneo para la aparición y desarrollo de una tradición distinta a las precedentes, renovada si se quiere, pero que constituye el precedente más alejado al que podemos remontarnos.

En relación con el objetivo que nos hemos trazado, de las numerosas ediciones disponibles destacamos dos. La primera corresponde a la *Geographia* publicada en 1535, en Lyon, con las anotaciones de Miguel Servet. Además de los datos y mapas que ya habían aparecido en las ediciones precedentes, destaca la primicia de un texto geográfico que añade su editor. Consiste en la descripción de los diversos lugares del orbe, y está situada en el anverso de los mapas ptolomaicos, no en los actualizados. Servet quiso enriquecer esta edición con textos que, aunque breves, esbozan una presentación actualizada de los lugares. Aunque la idea no es nueva, ya que descripciones similares habían acompañado versiones precedentes, se da la circunstancia de que Servet las enmienda y amplía, redactando de nuevo el capítulo referido a Hispania. Con esta incorporación, su editor concilia armoniosamente en esta obra, las dos tradiciones, la de Ptolomeo y la de Estrabón.

Si nos fijamos en la descripción que ofrece de España, su información resulta atractiva doblemente: además de estar escrita por una persona que conoce su escenario, su autor, dirigiéndose al público francés, en cuyo país residía, emplea curiosamente el método comparativo. Los resultados de su fecunda idea aparecerán plagiados en multitud de obras escritas con posterioridad, como la de Münster. Su condición de hereje en la Suiza de Calvino, y el trágico final que sufre (fue quemado vivo en la hoguera), explican el desdén a su obra y su escasa difusión en nuestro país. La traducción castellana de este texto aparece en 1935, dentro del trabajo del galeno José Goyanes Capdevila, titulado *Descripciones Geográficas del Estado Moderno de las Regiones en la*

Geografía de Claudio Ptolomeo Alejandrino por Miguel Vilanovano (Miguel Serveto) precedidas de una biografía del autor y traducidas del latín (Madrid: Imprenta de Cosano). El éxito y permanente demanda que disfruta la *Geographia* de Ptolomeo, explica que sea nuevamente estampada por insignes autores en el transcurso del siglo XVI, como Münster (1545) y Mercator (1578).

Otra interesante edición de esta obra es la que aparece publicada a finales del mismo siglo, en Venecia, en 1596-97. Contiene una segunda parte, exenta, con su propio frontispicio, consistente en una geografía actualizada del orbe, con abundancia de datos, cualitativos y cuantitativos, expresados de manera literaria y gráfica. Su título es *Geografia cio è descrizione universale della terra*, y en ella figuran innumerables escolios y una puesta al día añadidos por Magini. Esta buscada edición, además de contener las tres contribuciones ya indicadas, adicionada con largos escolios o apostillas que comentan los diversos aspectos proporcionados por Ptolomeo, está acompañada de una geografía regional, en la que encontramos un capítulo consagrado a España, formado de texto e imagen. Está encabezado con la ilustración del mapa peninsular, para cuyo diseño e información su autor se inspiró en el mapa que figura en el *Theatrum* de Ortelius. A continuación, dentro del mismo capítulo, figura un largo texto descriptivo de nuestro país. Los epígrafes que organizan y secuencian la copiosa información corresponden a categorías conceptuales con las que estamos familiarizados, como localización, etimología, confines, magnitud o extensión del país; inserta las localizaciones absolutas o clima celeste, las cualidades del escenario, con alusiones a su atmósfera, suelo y recursos que produce, se explotan y cosechan; enumera algunos de sus ríos y alude a sus habitantes, su historia, sus costumbres; y, finalmente, señala diversas divisiones administrativas, así como la ineludible alusión a la nobleza civil y religiosa del país. Este rico y minucioso texto nos lleva a ver en esta obra otro claro precedente de la configuración de la Geografía de España, esbozada con los atributos que van a caracterizar las geografías de España del futuro.

Por el valor de las exposiciones añadidas a la reputada *Geographia* de Ptolomeo, esta obra se convierte en el germen en el que brota con nuevo brío un conocimiento geográfico relativo a la Península, manifestado de forma gráfica y literaria, y estructurado en torno a unos temas que son los que permanentemente interesarán a los estudiosos de los lugares. De ahí que consideremos la segunda mitad del siglo XVI como el momento en el que aparece y se configura un determinado saber

geográfico que, aunque con matices, podemos considerar como el preludeo del discurso actual.

Tras la espectacular difusión que experimenta el apreciado legado clásico y su benéfica influencia en el cultivo y fomento de diversas tradiciones geográficas, asistimos a su paulatino ocaso. Este debilitamiento se lleva a cabo en la segunda mitad del siglo XVI y coincidirá con el auge experimentado por otras contribuciones, que son las que, a partir de ahora, van a tomar su relevo. Nos referimos a los trabajos efectuados por autores renacentistas, publicados con diferentes títulos e intenciones. Algunos son acreditados frutos, y fueron concebidos y escritos con una intención análoga a la de sus predecesores, es decir, por competentes autores, conteniendo la mejor información disponible y en armonía con la demanda existente. Aunque los titulan con términos diversos, tienen en común el que retoman y reproducen con nuevo vigor la tradición regional, y todos ellos albergan capítulos consagrados a la Geografía de España. Sin ser numerosos, del elenco destacan y ocupan un lugar de honor las cosmografías y los atlas, que son las obras más editadas y a las que se les tributan mayores elogios tras el crepúsculo sufrido por el legado clásico. Tanto las diferentes versiones disponibles de las obras clásicas, como los ejemplares recientemente editados, son los únicos testimonios bibliográficos que tenían a su disposición la Europa culta, y que hoy, por su valor documental, forman parte del rico patrimonio geográfico depositado en las grandes bibliotecas.

III

LA APARICIÓN DE NUEVAS OBRAS GEOGRÁFICAS: ENTRE LA CONTINUIDAD Y EL CAMBIO

I. LAS COSMOGRAFÍAS

En el transcurso de los siglos XVI y XVII ven la luz diversos trabajos geográficos que contienen capítulos y mapas dedicados a España. El título que ostentan, cosmografía, obedece al atávico interés existente por la relación entre los fenómenos astronómicos y los terrestres, es decir, entre el cielo y la tierra; con él pretenden evocar que nuestro planeta forma parte del Universo, y la influencia ejercida por astros como el Sol y la Luna en hechos como la existencia de las estaciones, el clima o las mareas. De ahí que los primeros capítulos de estas voluminosas obras contengan temas que hoy consideramos de geografía astronómica. Asimismo, sus autores

muestran un singular interés por el estudio de la esfera y sus círculos, y por los cuatro elementos que integran la composición terrestre. Tras estos temas introductorios, su atención se dirige a la geografía regional o presentación de los diversos países del orbe. Aunque su título esté considerado por algunos como sinónimo de geografía, no todas las obras de cosmografía contienen capítulos dedicados a geografía regional. En algunas la información está restringida exclusivamente a la geografía astronómica, o sólo contienen un capítulo o apéndice dedicado a divulgar las nuevas tierras descubiertas, como las célebres de Sacrobosco y la de Apiano, traducidas al castellano. Recordemos que se trata de una tradición ilustrada con obras tan significativas como las escritas por Nebrija (1498), Girava (1556 y 1570) o Pedro de Medina, y que Tomás López edita quizá la última, una obra cuyo título es *Cosmografía abreviada: Uso del globo celeste y terrestre* (1786). Por otro lado, en el transcurso del Renacimiento, impresionados por los méritos que reúne, el término geografía estaba monopolizado y restringido a la estimada obra de Ptolomeo. Debido a ello, las diversas ediciones del alejandrino, pese al incremento informativo que registran, son las únicas publicaciones que exhiben el título de geografía.

A su vez, las mentes más despiertas e ingeniosas del Renacimiento, conscientes de las limitaciones que ofrece la obra de Ptolomeo, movidos por el afán de superar su anacronismo, editan de nuevo la solicitada obra, aderezándola con textos y mapas recientes. Este lento proceso de distanciamiento de la obra del maestro finaliza con la ruptura y emancipación, tímida al comienzo, pero definitiva después, del legado clásico, en el transcurso de la segunda mitad del siglo XVI. Su total liberación se debe al irrefrenable triunfo del empirismo y la experiencia, frente al lastre que supone el apego y reverencia a unas concepciones dogmáticas, basadas en creencias heredadas. Los inquietos autores que se lanzan a escribir una obra nueva, imitando el espíritu encerrado en la obra de Estrabón, prestan atención a la geografía o realidad del momento. Por ello, bautizan sus trabajos con el nombre de *cosmografía*, término más conocido y popular en el vocabulario erudito del Renacimiento. Más adelante, en el ocaso de la etapa que examinamos, siglo XVII, aparecerán obras de carácter regional cuyo título es ya el de geografía.

Una de las obras más representativas de esta renovada tradición cultural, responsable del decisivo impulso que cobra la geografía descriptiva, es la escrita por el teólogo, hebraísta y geógrafo, Sebastián Münster (1488-1552). Se trata de una estimada aportación, debido a su

colosal acopio de datos de los lugares; a la vez, curiosa, por su sabia mezcla de pasado y presente; y sobre todo, atractiva, por la atención prestada a los aspectos humanos, políticos y religiosos del momento. Fue reeditada en numerosas ocasiones y traducida a varios idiomas, aunque nunca al castellano. Ostenta el redundante título de *Cosmografía universal*, quizá para diferenciarse de la *Cosmografía* más popular del momento, la de Pedro Apiano. Fue publicada inicialmente en 1544, en alemán, y debido al extraordinario interés que despierta entre el público erudito de la época, aparece en 1550 traducida al latín, momento a partir del cual inicia una triunfal carrera en la que experimenta diversas mutaciones de puesta al día y otras derivadas de la personalidad del editor de la misma, fuera de su Basilea o Suiza natal. Ello explica que entre las diversas versiones que hemos consultado hallemos diferencias en el volumen de detalles aportados y en el enfoque que dan o estructura temática con que caracterizan la realidad de España. El número de datos que contienen, como su organización o manera de presentarlos, se deben tanto al año de publicación, como a la personalidad del traductor o responsable de su nueva versión.

Para apreciar su valor vamos a examinar en primer lugar la *Cosmographia Universale* editada en Colonia en 1575, (por los Herederos de Bresciano, librero católico). Tras su portada, exhibe como salvoconducto, el *nihil obstat* de la censura, firmado curiosamente por Arias Montano, durante su estancia en Amberes. De la lectura del índice se desprende el contenido de sus cinco libros. En el primero aparecen las consideraciones preliminares correspondientes a la geografía general o astronómica. Su inclusión obedece, tanto al título adoptado, como al criterio metodológico que anima a su autor, que no es otro que el principio deductivo, que señala la conveniencia de partir de lo general y dirigirse a lo particular. El capítulo es de breve extensión, conteniendo los temas ya apuntados y es el que mejor responde al título. Tras él figuran los demás libros y capítulos, todos ellos consagrados a aspectos regionales o corográficos.

Siguiendo la práctica introducida por Estrabón y seguida por Ptolomeo, Münster inicia su presentación del mundo en el extremo occidental de Europa, en las Islas Británicas, España, Francia e Italia, al que destina todo el segundo libro. A él seguirán los consagrados a los territorios de la Germania romana, los más documentados de la obra. Y concluye con los libros V y VI, que corresponden, respectivamente, a Asia e islas colindantes, y al continente Africano, con el que da por finalizado el periplo.

Esta segunda parte, la regional, es la que ocupa la mayor extensión del volumen. Hojeando sus páginas y examinando su contenido advertimos perfectamente la tradición establecida por Estrabón, combinada con ciertos rasgos de la época, como la concepción teocrática de la realidad, inspirada en la Biblia. De ahí que para este autor protestante el mundo haya sido creado por Dios para el disfrute de la humanidad. Los méritos que posee la obra, así como sus defectos, han sido expuestos por los autores que trazan la historia de la Geografía. Otro rasgo destacado de la nueva etapa y del que esta obra puede alardear, no suficientemente valorado, es que aparece ilustrada con la profusa presencia de toscas xilografías, lo que enriquece el valor documental de su contribución.

Ciñéndonos al capítulo consagrado a la Península (páginas 62 a 83) cuyo elocuente título es «Della Spagna», observamos que está encabezado con el mapa reducido de la Península, reproducido del de mayor tamaño que figura en su *Geographia*, editada en 1545. Los epígrafes en torno a los cuales estructura la información son los siguientes: nombres antiguos y modernos con que se ha conocido y conoce este territorio; de la fertilidad de su escenario; comparación entre Francia y España y costumbres de los españoles (como indica su título, el contenido está basado en la información brindada por Miguel Servet); guerras o invasiones acaecidas en España; resumen histórico con alusión a la genealogía de la monarquía española. A continuación, cambiando de escala y eligiendo el mosaico de regiones que componen los reinos hispanos, describe las peculiaridades de Castilla, Navarra, Araona (sic), y Lusitania; concluye con las Baleares.

La información, desde la perspectiva actual, revela que su autor posee una acusada cultura histórica, más que geográfica. Se debe, en parte, a las peculiaridades de las fuentes o bibliografía disponible y a las limitaciones derivadas de una metodología basada exclusivamente en la consulta bibliográfica. Es un momento en el que escasea la presencia y circulación de obras que contengan un exclusivo interés por el entorno, o sean fruto de la curiosidad naturalista dirigida a indagar los fenómenos que componen un escenario. Si nos fijamos en las fuentes manejadas, comprobaremos que, además de la Biblia, son principalmente las fuentes clásicas, y entre ellas, la edición de Servet. En cuanto a las ideas que contiene, los apartados más atractivos son los relativos a la fertilidad del territorio, la comparación entre Francia y España, y el dedicado a las costumbres de sus habitantes. El estudio regional que efectúa le sirve de excusa

para trazar la genealogía de sus respectivos monarcas, presentando escasa o nula información geográfica de dichas áreas. De la sociedad, el tema o aspecto que parece atraerle más es el relativo a las autoridades eclesiásticas y la enumeración de sus rentas. Recordemos que su autor fue franciscano y que, tras la amistad surgida del trato con Lutero y otros célebres seguidores de la Reforma, abandona el catolicismo. Le sigue el interés prestado a la nobleza civil y sus ingresos. Algunos párrafos contienen asimismo algunas de las costumbres de sus clases medias. Münster, sensible a los gustos culturales que animan este género literario, con la finalidad de ennoblecen la sociedad, enumera personajes ilustres del pasado, como Orosio, Mela, Séneca o Quintiliano, apareciendo ilustrados los rostros de estos dos últimos. La redacción contiene curiosos tópicos o generalizaciones, como la que asegura que los españoles son belicosos debido a las invasiones sufridas.

La más antigua de las versiones que hemos consultado corresponde a una edición francesa. Lleva por título *Cosmographie Universelle contenant la situation del toutes les parties du monde avec leurs proprietes et appartenances*, y está publicada en 1552. Como la anterior, se trata de una magnífica edición, muy ilustrada, enriquecida con imágenes idealizadas que se repiten en diversos capítulos, alusivas a los países, sus ciudades, hechos y personajes característicos. Algunas xilografías presentan una acusada crudeza. La estructura organizativa es similar a la precedente, difiriendo en extensión el tratamiento temático asignado a sus diferentes apartados. España aparece descrita entre las páginas 59 y 78, en un capítulo presidido por el tradicional mapa. Los epígrafes y temas que caracterizan el capítulo son los siguientes: 1. Presentación; 2. Ciudades y regiones de España; 3. Bética y Granada; 4. De la fertilidad; 5. Comparación entre Francia y España; 6. Guerras libradas; 7. Genealogía de los reyes; 8. Génesis del reino de Castilla; 9. Reinos de Navarra y Aragón; 10. Portugal; 11. Obispos, principados, universidades y personajes doctos e ilustres que ha tenido España; 12. Príncipes y grandes señores; 13. Islas Baleares.

Como puede apreciarse, las diferencias con la obra precedente, son acusadas. Se debe a la inexistencia de unos temas establecidos, siendo aquellos a los que presta interés los considerados relevantes y extraídos de la escasa bibliografía disponible.

El libro se compone igualmente de cinco partes. La primera, de carácter introductorio, está dedicada a temas de geografía astronómica, basados en la obra de Ptolomeo.

meo, la Biblia y otras obras cosmográficas consultadas. Recogiendo las ideas del primero, afirma que el geógrafo hace como el pintor; en la Geografía muestra el todo, describiendo lo sobresaliente, y en la corografía, muestra una parte, y en ella, todas sus cosas. Si nos detenemos algo más en estas primeras páginas, encontraremos una idea que nos llama la atención y que puede ayudar a comprender la actitud mostrada por cronistas y eruditos: la geografía o presentación actualizada del escenario, ya fue efectuada por los antiguos; por tanto, no requiere ser hecha de nuevo. Sólo aquello de lo que no se ocuparon los clásicos, o que ha experimentado cambios, como la sociedad, sus instituciones, gobierno o la Iglesia, debe ser objeto de interés para los geógrafos. El capítulo 30 de esta primera parte, está dedicado al Paraíso Terrenal, ilustrado con el retrato de Adán y Eva. Revela el fuerte arraigo de las ideas bíblicas, combinadas con fantasías medievales, y su natural conciliación con una cultura de origen pagano.

Una versión tardía de esta obra es la *Cosmographie Universelle de tout le Monde*, en la que figuran como autores tanto Münster como el francés traductor y editor F. de Belle-Forest (1530-1583). Fue publicada en París en 1575, y está compuesta de tres volúmenes. En el primero, dividido en dos partes, hallamos la descripción de España (entre las columnas 117 y la 160), precediendo a Francia, a cuya descripción dedica casi todo el volumen. Comienza citando a Estrabón y su idea relativa a la forma o contorno de España, a la que secunda la enumeración de límites, nombres que ha recibido, divisiones antiguas y modernas, los primeros colonizados o habitantes, e invasiones acaecidas. A ello añade la descripción de algunas regiones peninsulares, como Aragón, interesándose por el origen del nombre, especulando que puede proceder del río homónimo o de la corrupción del antiguo asignado a la provincia romana de la Tarraconensis. Cita como fuentes consultadas a autores como Nebrija, Ptolomeo o Lucio Marineo Sículo. Prosigue la presentación de la Península con noticias de algunas de sus ciudades y las regiones de España, corrigiendo los datos aportados por Münster. Algunas ciudades descritas se hallan acompañadas de una vista idealizada, como Perpiñán. El apartado dedicado a la fertilidad de su suelo hace referencia a los cultivos existentes y a las limitaciones de su agricultura, entre las que apunta el excesivo calor y el terreno pedregoso. Por su novedad resultan atractivas las comparaciones basadas en los puntos cardinales, argumentando por ejemplo, que hace más calor que en Francia, y menos que en África. Enumera los productos naturales que ofrece el país. Para aquellos

lectores que deseen apreciar todas sus cualidades y riquezas, les invita a que acudan a los autores clásicos, como Polibio, Tito Libio o Apiano Alejandrino. El apartado dedicado a la comparación entre España y Francia y el de las costumbres de los españoles están copiados de Miguel Servet, autor al que alude como *Villanovan Espagnol*. De él saca que la temperatura es más cálida y más seca, y el color de los españoles más oscuro que el de los franceses, y que la fecundidad de las mujeres francesas es mayor que la de las españolas. Manifiesta interés por otros rasgos etnográficos, como su constitución, la conducta que exhiben en diversas situaciones, como su «sobriedad en la comida y bebida», y nos califica como poco hospitalarios, argumentando que ello se debe a que no se viaja mucho. Retrata una sociedad atrasada respecto a la francesa, aludiendo a su escasa producción agrícola y la necesidad de vivir de la recolección en verano. Más adelante, su interés se centra en el comercio y la nobleza civil y religiosa, comparándola con la de Francia. Respecto a la nobleza eclesiástica, si Francia posee 12 arzobispados y 66 obispados, España 9 y 46, respectivamente. Sin embargo, ambos países ostentan 8 cardenales, algo que debió contrariar su etnocentrismo chauvinista.

La obra es densa en noticias y muy documentada, citando frecuentemente las fuentes consultadas, de las que extrae abundantes notas. Aunque su estilo está inspirado en la obra de Münster, esta versión es mucho más atractiva que su precedente, estando enriquecida además, con una redacción más extensa, amena y crítica. Debido al notable esfuerzo invertido en esta mejora, sorprende que no incluya un mapa de España, viendo que inserta los correspondientes a otras regiones; tampoco está adornada con vistas de ciudades o imágenes alegóricas de hechos que se consideraban llamativos o pintorescos, como los que figuran en otros capítulos. En su lugar, y como únicos testimonios decorativos del capítulo, ostenta los blasones de sus reinos, la vista de Perpiñán, más una xilografía relativa a un obispo. Su elocuente título es: «la descripción de España y sus reinos, provincias y regiones, tal como son actualmente y de las formas de vida de los españoles, tanto en el pasado como en el presente».

Por razones obvias, entre las que hay que subrayar el origen protestante del autor y la popularidad que adquiere en círculos de la Reforma, unido a ciertas apreciaciones despectivas lanzadas sobre nosotros, ninguna de estas versiones se tradujo al castellano, ni hubo autor que emprendiera su adaptación castellana. Y si buscamos alusiones a su presencia u otro tipo de huella deja-

da entre autores españoles, descubriremos que fue ignorada y que no tuvo difusión entre nosotros.

Ya en el crepúsculo que experimenta la cosmografía, una de las últimas obras aparecidas con este título y que ofrece un contenido similar, corresponde a la escrita por Paulli G.F.P.N. Merulae (Paul van Merle, 1588-1607). Se titula *Cosmographiae generalis libri tres: item Geographiae particularis libri quatuor: Quibus Europa in genere; speciatim Hispania, Gallia, Italia describuntur*. Fue publicada en Amsterdam, en 1605, 1621 y 1635. Como revela su título, España ostenta en ella un papel destacado. Cada una de sus versiones posee características externas diferentes, y examinadas más atentamente. Se aprecia un considerable incremento informativo en la tercera versión, pese a estar impresa en una edición de bolsillo. La adición se manifiesta mediante el empleo de distinta tipografía, lo que hace más elocuente su diferencia con la precedente, y cuenta además, con más mapas de las regiones de la Península y algunas vistas de ciudades, como la de Barcelona, inspirada en la que aparece en el *Civitates Orbis Terrarum*.

Si elegimos la edición de 1621 tendremos la oportunidad de contemplar un hermoso frontispicio, del que destacan las célebres alegorías continentales, dispuestas en una creación arquitectónica, similar a un retablo, y en su centro figura el título, estampado en letras grabadas; en la parte superior aparecen representados diversos instrumentos astronómicos. El atractivo diseño iconográfico sigue el estilo marcado por los artistas que colaboran con los impresores holandeses de la época, y corresponde a una síntesis visual del contenido que el lector va a encontrar en su interior.

Fiel al título que ostenta la obra, comienza con temas que hoy consideramos de geografía astronómica. En ellos aborda aspectos como definición del mundo, su creación y organización, temas todos inspirados en las Sagradas Escrituras. Los dos libros siguientes, algo más realistas, presentan las partes o elementos que integran el cosmos, como el cielo, las estrellas, los movimientos, los círculos, y los horizontes, incluyendo entre sus páginas la astrología, el zodiaco y su influencia. El tercero incluye una exposición de los elementos de la naturaleza, como son el aire, el agua y la tierra. Tras esta presentación general emprende el tratamiento regional, limitándose curiosamente a Europa, y dentro de ella, a los países aludidos en el título (para N. Broc, se trata de una obra inacabada de este joven profesor de la Universidad de Leiden). En el libro segundo, dedicado a Hispania, desde las páginas 208 a la 284, enumera en diez capítu-

los, los aspectos generales indagados, secundándoles los consagrados a las diferentes regiones. De manera sistemática y con los respectivos epígrafes, se fija en: 1. Nombre y su etimología; 2. Límite y forma; 3. Clima celeste y consecuencias que se derivan, así como la enumeración de multitud de productos que aquí se hallan; 4. Montes; 5. Promontorios costeros, como cabos; 6. Golfos y puertos; 7. Ríos, lagos, estanques y fuentes; 8. Rasgos humanos de sus habitantes, como talento, costumbre y lengua; 9. Gobierno o poder civil; 10. Poder eclesiástico. Y concluye con los capítulos dedicados a las regiones, iniciándose por Vizcaya (a la que siguen Guipúzcoa, Navarra, Aragón, Cataluña, Galicia, Asturias, León y Castilla la Vieja, Castilla la Nueva, Valencia, Murcia, Granada, Andalucía y Extremadura) y finalizando con Portugal y Algarbe, seguida por la descripción de Baleares y Pitiusas.

De esta acreditada edición, para concluir, podemos señalar como sus más destacados rasgos los siguientes: La dilatada presentación general con que está encabezada; el interés que poseen los datos que contiene; la organización sistemática de la información, enriquecida con mapas y cuadros sinópticos (existe una sinopsis de todos los temas tratados); la vasta documentación manejada por su autor, como se desprende, tanto de la acusada erudición clásica que despliega, como de la reiterada alusión igualmente a autores contemporáneos (empleo, para su creación, de fuentes bibliográficas y cartográficas); notable preocupación didáctica manifestada a través del diseño de los capítulos, su claridad expositiva y la inserción de cuadros que resumen y condensan lo esencial del capítulo; información meticulosa que revela tanto la disponibilidad de unos datos poco accesibles, así como los conceptos e ideas manejados en que se insertan, reflejo de los gustos y cultura de la época. En definitiva, la obra constituye otra genuina y avanzada representación del saber acerca de España.

2. LAS RELACIONES UNIVERSALES DE GIOVANNI BOTERO

Entre el importante conjunto de obras evocadoras de la realidad de España, impulsoras de la nueva cultura geográfica, merecen especial mención las *Relaciones Universales*, escritas por el clérigo Giovanni Botero (1540-1617). El librito gozó de un notable éxito en su época, debido al valor geográfico contenido en su información y, sobre todo, a las novedosas reflexiones que introduce relativas a las causas atribuibles a la grandeza

o poder de los países. Tiene el privilegio añadido de ser la única obra de las examinadas, traducida al castellano en nuestro país.

Su título, y el diseño de su contenido, responde a una larga tradición política veneciana consistente en encargar a los embajadores establecidos en los diversos lugares, la provisión de datos útiles de los países en que residen, con la intención de establecer vínculos políticos o económicos. La información está organizada en torno a países y continentes, careciendo de una parte general o introducción a la geografía astronómica. Y sus ediciones originales, así como la primera castellana, están ilustradas con la presencia de mapas.

El sugerente título evoca relatos de viaje; es un término con el que estaban muy familiarizados los eruditos italianos y españoles. Recordemos que, con un cambio de escala, se emplea para designar los dos grandes proyectos hispanos del siglo XVI —las relaciones geográficas o topográficas— consistentes en la indagación metódica de información de América y España, siguiendo las preguntas formuladas en un cuestionario. Fiel al original, la edición castellana ostenta el de *Relaciones Universales del Mundo* de Juan Botero Benes. Fue traducida por Diego de Aguiar y editada en 1603 en Valladolid. En el colofón figura la fecha 1599, lo que indica que estuvo dispuesta en ese año; a su vez, denota la rápida decisión de difundirla entre la sociedad española, ya que la edición príncipe fue publicada en Venecia, en 1596). Como ya hemos avanzado, la obra se compone de dos partes bien diferenciadas. La primera consiste en la descripción sistemática de los diversos estados, organizada según las grandes regiones del orbe. La segunda, la más novedosa y apreciada, es la que ha despertado el interés de numerosos estudiosos. En ella, su autor, analiza y pondera las causas del esplendor de los estados de Europa, de manera similar a cómo lo hacían obras de no hace mucho, a las que se titulaba *Geografía de las grandes potencias*.

En la licencia concedida a su edición castellana hallamos algunas claves que corroboran los méritos de ésta, así como una posible explicación a que no se tradujeran otras obras similares: «no tiene cosa contraria a nuestra Santa Religión y buenas costumbres, antes son de gusto, y podrán ser de provecho para las materias de Estado»; «necesaria a todos lo que gobiernan»; «luz a los Príncipes, consejeros y gobernadores»; «conocer para imitar». Son frases elocuentes en las que se advierte claramente el sentir de la época y el valor o función de ciertas obras, como las geográficas.

Al igual que las obras que ya hemos examinado, su exposición comienza con la descripción de Europa, de la que, llevado por su etnocentrismo, afirma que, pese a la pequeñez de su extensión, resalta por la grandeza de sus habitantes, ingenio, poder y riqueza. Tras ello, y siguiendo a Estrabón, su periplo se inicia en España, dándonos a conocer los rasgos de los que ya se han ocupado autores precedentes. Como hecho singular destaca lo bien informado que está y el tono más realista y menos exaltador con que expone las cualidades del territorio; así, nos dice que es montañoso, pobre en agua y llanos, con muchas partes estériles y secas, de ciudades pequeñas y población escasa. Justificada su edición en el interés mercantil de sus lectores, enumera sus múltiples riquezas. Al interesarse y presentarnos a sus habitantes, se hace eco de los tópicos que anterior y posteriormente repiten las obras de esta naturaleza. El providencialismo religioso del autor (fue secretario de Carlos Borromeo) se aprecia al afirmar que por el profundo catolicismo de los monarcas y pueblo hispano, su acrisolada piedad y la inquebrantable fidelidad mostrada a la Iglesia con su devota sumisión, «su divina Majestad les ha dado también un Mundo nuevo». Más adelante describe de manera minuciosa las diferentes regiones históricas, iniciando el viaje por Cataluña, siguiendo por Aragón, Valencia, Murcia, Granada, Andalucía, Extremadura, las dos Castillas y León, Galicia y Asturias, el País Vasco y Navarra finalizando en Portugal. Es decir, cambiando de escala, analiza la realidad hispana basándose en el mosaico de unidades culturales existentes. Esta decisión revela la importancia y personalidad que reúnen las diferentes regiones, y contribuye con ello, además de resaltar las diferencias internas de la Península, a su consolidación y difusión.

En la segunda parte de la obra, el capítulo dedicado a la grandeza de España está encabezado con el nombre de su monarca («del Rey Católico»), y es sin duda, mucho más atractivo. En este apartado, cosa excepcional en obras de esta naturaleza, su autor se pregunta acerca de las causas que proporcionan la riqueza y poderío de los estados, ciudades y monarcas. Entre los factores que sugiere, que invitan y motivan su reflexión, figuran los siguientes: el número de habitantes, moradores o combatientes; el gobierno; la posición; la fuerza de sus gentes, y la riqueza, exuberancia o fertilidad del terreno («multitud de gentes, esfuerzo y valor, ventajas sitio, ocasión y coyuntura»). Como ya han puesto de manifiesto diversos estudiosos, por su precocidad, representa la contribución más brillante de este autor. También cabe resaltar la incorporación de datos estadísticos a sus noticias.

Si hasta la fecha los datos cuantitativos que aparecen corresponden a las medidas astronómicas que figuran en los mapas, esta obra señala por ejemplo, que España está menos poblada que Italia, y que su cifra no llega a 9 millones.

La edición española está acompañada de cuatro magníficos mapas, bien grabados y diseñados; están inscriptos todos ellos en el *Theatrum* de Ortelius, y, curiosamente, ninguno está dedicado a España. Es algo que sorprende, ante la penuria cartográfica reinante, la demanda de cartografía y las críticas lanzadas a los mapas que vienen de fuera, por sus numerosos errores.

Como prueba del prestigio que alcanza la obra y a la vez, el lamentable estado en que se halla en nuestro país este saber geográfico y la indigencia de su cultivo, un siglo después, la obra de Botero aparecerá metamorfoseada y sin contener la apreciada documentación cartográfica: *Descripción de todas las provincias, reynos, estados y ciudades principales del mundo sacada de las relaciones toscanas de Juan Botero Benes, en que trata de las costumbres, industria, trato y riquezas de cada una de las naciones de Europa, Asia, África, América, o Nuevo Mundo, de la cantidad, qualidad y movimiento del mar y de todas islas y penínsulas hasta hoy descubiertas, por Jayme Rebullosa* (Gerona, por Jayme Bro, 1748).

3. LA IRRUPCIÓN DE LOS LIBROS DE BOLSILLO O MANUALES: LOS PRIMEROS TRATADOS GEOGRÁFICOS

En el transcurso de los siglos XVI y XVII, dentro del incesante crecimiento que experimenta el mercado bibliográfico europeo, advertimos la aparición de otras obras geográficas. Se trata de los manuales o tratados de geografía, los cuales van a tomar el relevo de las obras precedentes, cobrando en el futuro estos últimos, mayor protagonismo. Están escritos en latín, son de menor tamaño y coste que las obras precedentes, y van dirigidos al ávido público estudioso, con la intención de instruirle en cómo son los lugares. El libro geográfico en este formato más antiguo que conocemos, y claro precedente de los manuales, es la *Geographia* de Ptolomeo, editada en 1548. A ella siguen los diversos *Epitomes* del *Theatrum*, publicados desde 1577. Ambas obras, la *Geographia* y el *Epitome*, contienen descripciones de España, tanto literarias como gráficas. Sin embargo, son de escaso valor si las comparamos con sus hermanas mayores. Pero sin duda, estas creaciones, que a partir de ahora gozarán de enorme popularidad, poseen otras características. Como cualidades destacadas, debemos señalar su elevada den-

sidad informativa, escrita en minúscula letra; la claridad expositiva, con ilustraciones que facilitan su comprensión; y estar destinadas al creciente público estudioso de colegios y universidades.

Encabeza el desfile de esta nueva tipología el *Compendium geographicum succincta methodo adornatum, opera et studio*, de Abraham Gölnitz. Fue publicado en Amsterdam, por Elzevirium, en 1649. Se trata de un diminuto libro de estructura similar a las cosmografías mencionadas. Se compone de una parte general, titulada geografía exterior, integrada por 8 capítulos; el resto, denominado geografía interior, está formado por 20 capítulos. En estos últimos, el autor nos muestra los diversos países del orbe, cuyo contenido refleja los desequilibrios cognitivos propios de la época. El capítulo II está consagrado a Hispania (entre las páginas 48 a 112). Tanto los datos que contiene, —el logos—, como el estilo con que están expuestos, —la retórica—, son análogos a los que ofrecen los capítulos de las obras que hemos comentado precedentemente. Este tratado, en el que no figuran mapas, constituye un claro precedente de los manuales que a partir de ahora, se van a prodigar en el mercado, ante el incremento de colegios y estudiantes de geografía.

De este puñado de textos, el más conocido y editado es el de Cluverius (Philippi Cluveri, 1580-1622): *Introductionis in Universam Geographiam, tam veterem quam novam Libri vi*. Cuenta con numerosas ediciones, debido al rápido reconocimiento que experimenta, siendo la primera de 1629. Todas las versiones que hemos consultado se componen de seis libros. El primero, de 14 capítulos, está dedicado a la geografía astronómica. En el segundo hallamos los cinco capítulos consagrados a España, acompañados de su mapa correspondiente. Los epígrafes sistematizadores de la información son: *De Hispania. Divisio Hispaniae Veteris, De Nobilioribus Hispaniae fluviiis et urbibus olim claris; De incolis Hispania, ac Recentiori eius divione; De urbibus, ortibus e academiis hodie claris; de insulis ad Hispaniam*. La información que ofrece de España es principalmente histórica, sin brindarnos grandes novedades, si exceptuamos la contraposición que hace entre pasado y presente. Esta aproximación, sin embargo, no la aplica en todos los apartados dedicados a España, en los que, en conjunto, prima la historia. El protagonismo de la historia lo achacamos a que su autor no tuvo la oportunidad de recorrer nuestro país, mientras que sí recorrió gran parte de los demás países europeos, y a que, atraído por el pasado, tampoco recopila informaciones procedentes, por ejemplo, de viajeros recientes.

Réplica de los tratados precedentes y, quizá, aspirando a beneficiarse de la demanda suscitada, otro texto similar, aunque un tanto curioso por los países que elige, es el *Compendium Geographiae item Hispaniae, Galliae et Italiae Brevis descriptio, una, cum Itinerarys*, publicado en Utrecht por Gysberti A Zyll y Theodori ad Ackersdyck, en 1650. Sigue el esquema y nomenclatura que acabamos de mencionar, propuestos por Gölnitz (geografía exterior e interior, que Varenius critica, sugiriendo este último los que han quedado acuñados: general y especial, universal o particular). En la parte «interior», desde la página 47 a 122, se ocupa de los diversos aspectos que caracterizan la Península e islas próximas, a la que sigue la parcelación del solar en sus 14 regiones. Como los anteriores, se trata de un manual sencillo, síntesis del saber disponible, dirigido al público culto, de poder adquisitivo medio, así como a los jóvenes estudiantes de geografía. Contiene además, un itinerario en el que aparecen lugares y distancias que jalonan los principales caminos o rutas europeas; revelaría un posible uso viajero, tratando con ello de ampliar su mercado a comerciantes y peregrinos, singularizándose en este caso, por las recomendaciones que apunta.

4. LAS APORTACIONES DE LOS DESLUMBRANTES ATLAS: SÍNTESIS DE GÉNERO LITERARIO Y ARTES VISUALES

El más selecto grupo de obras geográficas disponibles de esta etapa, elogiado por su majestuosidad y esplendor estético, está formado por los atlas. Su contenido está protagonizado por la fuerza persuasiva que emana de la sensualidad del mapa, representación gráfica que evoca mejor las características empíricas de los lugares. Estos originales productos, surgidos y confeccionados principalmente en los Países Bajos, fueron elaborados con gran esmero y dedicación. En ellos, sus autores, sin escatimar esfuerzos, solemnizan el saber geográfico, presentándolo en atractivos mapas. Con la finalidad de hacerlos todavía más útiles a los usuarios, a las imágenes se les agrega una información verbal o literaria del país, poniendo ambas a disposición de las élites políticas y religiosas del momento.

La innovadora oferta, en parte prolongación del aporte cartográfico atesorado en la obra de Ptolomeo, se inicia con el admirado *Theatrum Orbis Terrarum*, de Abraham Ortelius (1527-1598), publicado en Amberes, por primera vez en 1570, siendo la más influyente de todas estas iniciativas. A él seguirán otras recopilaciones o antologías geográficas, entre las que destaca el *Atlas*

proyectado por Mercator (1512-1594) y completado, en lo que a España se refiere, por Hondius (1563-1612) en 1606. Culmina con el colosal *Atlas mayor o Geographia Blaviana*, publicado en 10 volúmenes por Joan Blaeu (1596-1673). La edición castellana fue publicada entre 1659 y 1672, y posee un volumen exento dedicado íntegramente a Hispania; en él podemos admirar el mayor esfuerzo geográfico consagrado a España, tanto por la cartografía reunida, como por el caudal de datos encerrado en la información literaria.

Los atlas fueron concebidos para complacer las expectativas de los más exigentes clientes de la sociedad europea. Todos los ejemplares ofrecen una útil y profusa información geográfica acerca del escenario peninsular, la mejor y más actualizada del momento. Está representada visualmente en atractivos mapas, y en sus dorsos y páginas siguientes, de forma literaria, mediante una descripción más o menos extensa. El texto está redactado con una prosa muy retórica, de estilo ensalzador, propia de los exclusivos lectores a los que estaba destinada. Sin embargo, en estas admiradas obras, el protagonismo lo acapara el mapa, dibujado con la destreza y el esmero de expertos profesionales. El arsenal de datos geográficos exhibidos en los mapas de los diversos atlas, en lo que a España se refiere, es muy similar. Se debe, en gran parte, al empeño desplegado por Ortelius, tendente a conseguir mapas de las diferentes regiones españolas, con el deseo de incrementar y diversificar su oferta. La variedad cartográfica aparente que muestran los mapas de los diversos atlas, corresponde más al estilo o creatividad estética con que sus autores disfrazan y representan la información disponible, que al empleo de nuevos datos.

En los textos se aprecia fácilmente el deseo de ennoblecer el lugar, evocando aquello que es considerado como más positivo. Está avalado con los elogios pronunciados por célebres autores del pasado, a los que presta autoridad y credibilidad. El halagador tono adoptado, unido a un entusiasta estilo retórico, se debe a la posición que ostentan los destinatarios en la sociedad del momento. Sus humildes y serviciales autores intentan ser complacientes con sus poderosos lectores, y hacerlos sentir orgullosos, proclamando las excelencias del lugar y el honor de sus habitantes y gobernantes. Un examen del contenido revela que se fijan en lo pintoresco o llamativo, y omiten todo aquello que pueda resultar ofensivo o negativo. La información, aunque es más rica, es similar a la de las obras precedentes, así como las fuentes consultadas por sus autores. En la descripción del país, adoptan una sensibilidad geográfica, aunque la his-

toría es un protagonista importante. Todos los publicados en castellano, exhiben en sus primeras páginas, adoradoras dedicatorias dirigidas a los monarcas y altas personalidades políticas del momento.

De toda esta profusa oferta, destaca el atlas exento dedicado a Hispania, publicado por Joan Blaeu en 1672. Su magnitud es fruto de una frenética carrera librada contra su rival Janssonius por brindar al público la mejor información cartográfica del momento. El volumen está dotado de un extenso texto, muy documentado y atractivo, redactado con el tono entusiasta y encomiástico que caracteriza el género, plagado de frases y citas acreditadoras de su singularidad, y engalanado con el lujo que exhiben sus numerosos mapas y dibujos arquitectónicos de El Escorial. La edición es el resultado del mayor esfuerzo informativo efectuado hasta esa fecha.

La suntuosidad que ostentan estos colosales ejemplares, hicieron que fueran unos productos geográficos muy conocidos y estimados en la época. Quizá no fueron tan consultados como los retoños más modestos, los *Epitomes*, debido a su elevado precio. Como resultado de las numerosas ediciones estampadas, debemos suponer no solamente su amplia aceptación, sino que fueron los máximos responsables de la difusión de una información geográfica de la Península. Llama la atención la circunstancia de que fueran traducidos al castellano los ejemplares más lujosos, aquellos que estaban destinados a satisfacer los deseos de una élite civil y religiosa, y no los atlas modestos. El más popular de todos ellos era el proyectado por Mercator, pero, desgraciadamente, fue censurado por la Inquisición.

El éxito que alcanza esta brillante oferta radica en la sabia combinación de un texto laudatorio, ameno e informativo, amenizado con frases extraídas del legado clásico, y unas elocuentes imágenes, que además de útiles, resultan estéticamente bellas. Los atlas, además de devenir en un producto geográfico imprescindible, evocan mejor las singularidades de los diversos lugares del orbe; una imaginativa contemplación ayuda tanto a documentarse mejor, como invita a la realización de viajes imaginarios, siendo fuente inagotable de placer, derivado de la sensación fantástica de dominar la realidad y abarcarla con la vista.

5. LAS PRIMERAS MONOGRAFÍAS

Finalmente, otro innovador producto geográfico que ve la luz ahora, es la monografía consagrada a España.

Su aparición se debe al incesante incremento de datos, unido al interés despertado por los diversos lugares del orbe. De ahí que sea a partir de ahora cuando el público culto pueda disponer de las primeras monografías dedicadas a los diversos países.

Resulta difícil señalar cuál es la primera obra de este quehacer vulgarizador sobre nuestro país, ya que ninguna posee el título de geografía o corografía de España y tampoco parece que fuera un género muy cultivado entre nosotros. A la vez, no es fácil discriminar y trazar la frontera entre geografía e historia. Desde la introducción de la imprenta contamos con crónicas apologeticas destinadas a ensalzar las virtudes de los soberanos o las cualidades de algunas regiones. Sirva de ejemplo de esto último la obra de Pedro de Medina, con su elocuente título: *Libro de las Grandezas y cosas memorables de España*. Fuera de nuestras fronteras, una de las más precoces manifestaciones de este conjunto es la que nos brinda Ioannes de Laet (1583-1649), en su *Hispania sive de Regis Hispaniae regnis et opibus commentarius*, publicada en las prensas elzevirianas en el año 1629. Se trata de un libro minúsculo (11 × 5,5 cm.) compuesto de 520 páginas, escritas en microscópica letra. Está publicado dentro de una colección, las Repúblicas de Elzevier, a las que siguen las de otro editor de Leiden, uno de cuyos ejemplares está dedicado a Japón, y fue escrito por Varenius. La colección, quizá la primera de esta naturaleza, está destinada a satisfacer la curiosidad de viajeros, reales o imaginarios, por diversos países de Europa y el mundo. Pese al diminuto tamaño de todos ellos, como el ejemplar de *Hispania*, constituyen una sabia y certera recopilación informativa.

La *Hispania* de Laet condensa la mayor cantidad de saber conocido fuera de nuestras fronteras acerca de las tres coronas: Castilla, Aragón y Portugal. Estructurada en 28 capítulos, nos va presentando paulatinamente el territorio y la sociedad (los 5 primeros), sus posesiones fuera de Europa (del 6 al 11), a los que siguen diversos aspectos relativos a la monarquía, nobleza, alta jerarquía eclesiástica (capítulo 20) y, finalmente, hechos económicos, como son las rentas de cada uno de estos estamentos y personas. Desde la perspectiva actual, la parte primera es la más geográfica. Aborda los aspectos que han llegado a ser considerados como esenciales en toda presentación geográfica, como son posición, extensión, límites, división y regiones que integran cada una de las coronas. Incluye noticias sobre las ciudades, las cualidades del entorno, el mundo rural y sus riquezas naturales, y los habitantes, con sus virtudes y costumbres.

Resulta admirable el rigor indagatorio seguido por el autor, como revelan el número y la variedad de fuentes consultadas, a las que alternativamente va cediendo la palabra. Igualmente resulta grato tropezarse con algunas reflexiones críticas acerca del esplendor del país, cuyo apogeo empezaba a declinar, y algunas actitudes manifestadas por la sociedad española del momento. De ahí la justa reputación que goza su hábil y competente autor, responsable, a su vez, de la redacción de otros manuales de la colección. Así, las últimas líneas del capítulo III, haciéndose eco de las palabras del historiador Guicciardinus (François Guichardin), afirma que los españoles son avaros, suspicaces, insolentes y arrogantes. La mayoría de las obras, al referirse a la sociedad española, sólo ofrecen alabanzas; otras, cuando aluden a la existencia de estas injustas consideraciones, a cuyos autores acusan de hispanofobia, señalan a continuación que el odio profesado a España se debe a la envidia despertada por su poder y grandeza. Hemos hallado igualmente otros, que aunque citan ciertos defectos, los contraponen a sus virtudes y méritos. No puede sorprendernos el hecho de que estas obras no sólo no se vertieran al castellano, sino que tampoco gozaran de excesiva estima entre nosotros.

IV

LA RETÓRICA DE ESTE DISCURSO O ARTE EMPLEADO EN SU CREACIÓN

I. CREDIBILIDAD, FUERZA PERSUASIVA Y ELEGANCIA QUE MUESTRA ESTE DISCURSO

Con la aparición de la imprenta y el inicio de la actividad exploradora de tierras y mares, el saber geográfico experimenta un extraordinario desarrollo y difusión entre la sociedad europea. La apremiante demanda de información acerca de los diversos lugares del orbe, motiva la aparición de obras que la satisfagan. Dicha necesidad o demanda lleva a los activos eruditos de los siglos XVI y XVII a crear productos geográficos nuevos, portadores de una cultura geográfica actualizada, una nueva geografía, inspirada en parte, en obras precedentes de reconocido prestigio, como las de Ptolomeo, Plinio y Estrabón. Estas últimas, disfrutaron de extraordinario éxito, debido al valor inherente de la información que contienen, y a conectar con los gustos estéticos de la época. Eran obras que habían sido «descubiertas» por la sociedad culta del Renacimiento en el transcurso de

la centuria precedente (siglo xv), y estaban siendo afanosamente leídas y consultadas.

El saber geográfico contenido en las obras heredadas estaba compuesto de dos tipos de mensajes. Unos, explícitos, corresponden a los datos, que, pese a ser obsoletos, llenaban de satisfacción a eruditos interesados por la geografía histórica, y también a historiadores ansiosos por conocer las peculiaridades de escenarios en que acontecieron ciertos hechos del pasado. Pero además, diluidas en el interior de sus páginas, permanecían latentes ideas y sugerencias que invitaban persuasivamente a ser imitadas o reproducidas. Estos sutiles mensajes que ofrecía el legado clásico, implícitos, fueron cobrando forma y configurados en productos tangibles, que aunque son réplicas de los precedentes, están diseñados con otra sensibilidad. Surge así una cultura geográfica nueva, aunque posee rasgos pertenecientes a los modelos preexistentes.

Los activos y entusiastas creadores renacentistas, inspirados en las cuestiones que se plantearon sus predecesores clásicos, y guiados por su manera de afrontarlas, retomarán los temas que interesaron a los protagonistas más destacados del período clásico; leen devota y afanosamente sus obras, y se nutren y saturan de sus inquietudes, sensibilidades y gustos. Basta recordar el éxito que acompaña a obras como la *Geographia* de Ptolomeo, las de Estrabón y Pomponio Mela, así como la *Historia Natural* de Plinio, el cual se debe, más que al caudal informativo que atesoran, a cómo lo plasman, a su amena exposición, forma de presentarlo y claridad metodológica. Dichas lecturas ayudarán a despertar y crear el gusto por la geografía, el interés por cómo son los lugares y cómo fueron en el pasado, y, con la asistencia de los sutiles consejos encerrados en la obra clásica, resolverán algunos de los interrogantes que ahora se plantean.

Si las obras clásicas constituyen el germen que contiene los estímulos y la inspiración requerida para satisfacer la demanda actual, son autores renacentistas, insertados en otras circunstancias, los impulsores de un renovado saber, quienes dotados de similar empeño y mediante el certero uso de la palabra y el dibujo, fueron los encargados de ofrecer la representación actualizada de ese nuevo saber. Nuevo, porque la experiencia personal decía que el orbe se había ampliado. Incluso los viejos lugares que habían experimentado cambios tanto en sus residentes como en las actividades que ejercitaban, tenían nuevos rasgos o cualidades. A su vez, el respeto y credibilidad mostrados hacia obras como la *Geographia* de Ptolomeo empiezan a debilitarse. Su pérdida de auto-

ridad se debe a que la forma del ecumene y la de los países del viejo continente no se corresponde con la que exhiben las imágenes de sus mapas y los textos heredados, y, además, se tenía noticia de acontecimientos considerados como muy importantes (el descubrimiento de otros lugares) que fueron desconocidos en el pasado. Pese a ello, el hecho de que Ptolomeo o Estrabón se hubieran ocupado del lugar y alabado algunas de sus cualidades, continuará siendo una noticia relevante que llene de orgullo a sus residentes.

Paralelamente al apogeo que experimenta el saber clásico y, en parte, culpable de su ocaso, surge un nuevo saber, elaborado con el empleo de estímulos tomados de las tradiciones clásicas; está expresado de manera similar a la utilizada por sus predecesores, es decir, mediante la narración literaria y el empleo de la iconografía cartográfica. La diferencia más acusada reside en que ahora es difundido de manera más fácil, rápida y eficaz, gracias a la técnica aportada por la imprenta.

¿Cuál es la naturaleza de este logos o saber existente acerca de España? En primer lugar se trata de una información que aparece configurada e insertada en las descripciones del orbe, formando parte, como un capítulo más, del saber literario o gráfico del momento. En segundo lugar, el contenido informativo está fragmentado, pudiéndose identificar tres tipos de datos; corresponden a aspectos astronómicos o matemáticos (tradicción ptolomaica); hechos físicos o naturales, pertenecientes a los tres reinos (tradicción naturalista de Plinio); y, sobre todo, noticias políticas, humanas y económicas del escenario y sus habitantes (tradicción estraboniana). La proporción asignada a cada uno de estos apartados o repertorio temático difiere en las obras, aunque existe un equilibrio, y ello se debe a la clara dependencia de la información disponible de cada uno de los apartados y fuentes consultadas.

En cuanto a la retórica o estilo narrativo con que se expresa la información, es gráfica y literaria. La plasmación iconográfica suele presentarse con esmerada y fascinante suntuosidad. Sus creadores fueron los primeros que ostentaron el título de geógrafos, y lograron, de esta manera, ganarse el afecto y reconocimiento del público más exigente. La imagen cartográfica posee mayor fuerza evocadora que el texto, y ayuda a conocer mejor la configuración de los lugares. Al mapa hay que añadir las imágenes panorámicas de ciudades españolas, las más antiguas que han llegado hasta nosotros. La descripción literaria, como género, no ofrece las novedades de la representación iconográfica. Además, la

mayoría de las obras editadas, combinan simultáneamente ambas manifestaciones. Por ejemplo, los atlas acompañan sus mapas con documentados textos, esforzándose sus autores en ambas representaciones. El empeño puesto por los editores en una u otra manifestación, texto o iconografía, está en función del público al que va destinada la obra o el coste de la misma.

En los libros calificados como atlas, el protagonismo lo acapara el mapa, por su capacidad sintética, poder seductor y fuerza persuasiva. Además, suelen estar lujosamente presentados, teniendo en cuenta unos destinatarios que pertenecen mayoritariamente a la nobleza civil y religiosa, junto a la creciente burguesía mercantil. En libros más modestos, pensados para una sociedad erudita o ávida de cultura geográfica, el mapa es un complemento ameno del discurso verbal, figurando como reclamo documental y decorativo. A medida que en estos círculos crece la importancia del saber, y menos la de su representación, se sacrifica su presencia llegando incluso, en muchos libros de geografía renacentista, a desaparecer en beneficio del texto literario.

Respecto a la retórica de la expresión literaria, vemos que la prosa que emplean en las descripciones es vulgar, elaborada con frases concisas, y sin concesiones poéticas. Se trata de un texto accesible a cualquier lector culto, exento de tecnicismos o jerga especializada. Esta última, la terminología académica, está limitada a los capítulos introductorios, los dedicados a temas de geografía astronómica o matemática. La presentación y diseño de la información están presididos por el orden y la claridad, y concebidos con un notable carácter didáctico y un afán de eficacia transmisiva. Para facilitar su comprensión, además de acompañarse de esquemas o cuadros sinópticos, usan elocuentes metáforas y recurren a comparaciones empíricas o tangibles, animando la narración con ingredientes suplementarios formados por anécdotas que enriquecen el texto. Será algo más adelante cuando surja la preocupación por el método o forma de aprendizaje y aparezcan textos escritos en verso, o compuestos según el procedimiento catequístico de preguntas y respuestas. Los novedosos tratados adolecen de una acusada sequedad informativa, cuya nomenclatura, plagada de topónimos, debió constituir una de las primeras dificultades o preocupaciones de los estudiantes de geografía y el inicio de algunas aversiones y consideraciones despectivas hacia su estudio.

Profundizar en las cualidades culturales que ofrece este discurso literario nos llevará a identificar algunos de los gustos de la época. Está compuesto, principal-

mente, de datos e ideas heredados, combinados con otros datos e ideas que ocupan menor extensión, procedentes de observaciones recientes. Este desequilibrio se debe, tanto a la fascinación que todavía ejerce el legado clásico y la autoridad de sus noticias, como a la escasez de datos procedentes de viajeros recientes. Como resultado, de la información ofrecida destaca la presencia de concepciones extraídas de la lectura de las fuentes clásicas, a las que reiteradamente apelan y citan, recordándonos su importancia y avalando una concepción o juicio. En efecto, son innumerables los textos, entre ellos el de Ortelius, que inician su exposición remontándose a Estrabón y citando la analogía que establece acerca de la forma de la Península, comparándola con la de una piel de toro extendida. Revela claramente la devoción despertada por los clásicos. Su condición de geógrafos se aprecia en la incorporación de datos nuevos, procedentes de la realidad actual; esa incorporación obedece, no sólo a la fuerza que se desprende de lo empírico, sino a la importancia o prestigio que cobra la monarquía o sociedad hispana del siglo de oro. Estos últimos datos proceden, en su mayor parte, de testimonios de viajeros y de la lectura de autores y fuentes autóctonas. También se incorporan saberes basados en la experiencia, a los que se alude. Resulta llamativo descubrir la inexistencia de una sensibilidad que discrimine y pondere los méritos de ambas fuentes, las clásicas o bibliográficas y las coetáneas o empíricas. La proporción que hallamos de datos procedentes de ambas fuentes, varía según las obras, aunque en el período que estamos examinando domina la inercia de la tradición, aderezada o maquillada con datos nuevos. Como humanistas que eran, elaboran un discurso saturado de numerosas citas procedentes del legado clásico, extraídas de los mejores autores que se habían ocupado de España, y siempre con una actitud amable y ánimo exaltador.

También es interesante apreciar cómo describen un lugar e identificar cuáles son sus actitudes hacia la realidad. Estimulados por su acusado deseo de saber, se acercan a examinar y diseccionar la Península, con una disposición de curiosidad, interesándose por sus hechos más destacados, entre los que figura aquello que es considerado extraordinario o maravilloso. Sus exposiciones también revelan un apremiante deseo de dar a conocer aquellos hechos o fenómenos más destacados, los que enorgullecen a sus habitantes y forman parte de la historia oficial. Presentan la realidad con gran admiración, algo sorprendidos y con mente ingenua. La plasman de manera similar a cómo hoy en día la muestran folletos que motivan ciertas visitas turísticas, o reclamos publi-

citarios de lugares muy frecuentados. Sus autores, dotados de un bagaje erudito, se acercan a su escenario, con una mente geométrica, delimitándolo e individualizándolo, obsesionados por fronteras y magnitudes, cuyos datos encabezan el discurso. Este indigesto preámbulo, está formado por datos extraídos de obras inspiradas en la tradición astronómica y matemática, y su inclusión parece responder al deseo de dotar de rigor a lo que viene a continuación. Tras ello, se ocupan de los fenómenos visibles del lugar, como son las montañas y los ríos, enumerándolos, más que describiendo sus rasgos. Su ansiedad por mostrar aquellos fenómenos extraordinarios de la naturaleza, aparece reflejada en la inclusión, por ejemplo, de las montañas de Montserrat y Cardona, en Cataluña. Y señalan a continuación, sus principales ciudades, las más prósperas y elegantes; las actividades de sus habitantes y los productos con lo que comercian. En su rápido análisis de esa realidad territorial, sin renunciar a lo que otros han señalado del lugar, se fijan fundamentalmente en hechos empíricos, sus más sobresalientes atributos físicos, aquellos que son más visibles o de mayor magnitud, susceptibles de contemplarse. Sorprende apreciar las lagunas informativas relativas a ciertas áreas de la Península, que corresponden a aquellos escenarios escasamente frecuentados y de poco valor económico. Los contrastes informativos son llamativos, principalmente en los mapas. Tras ello, se ocupan de algunos de sus rasgos o atributos, a los que comparan, juzgan y califican, como el clima del que gozan, el carácter de sus habitantes o algunas de sus costumbres. La presencia de estas consideraciones subjetivas explica la aparición de tópicos o estereotipos, de honda repercusión, que se van repitiendo, sin espíritu crítico alguno, generando una tradición.

El orden o secuencia con que aparece organizada esta información obedece a un esquema teórico o modelo establecido ahora, y que apenas varía en el transcurso de los años. Esta sistematización metódica de un saber constituye el embrión de partes o ramas de la geografía, y que autores como Varenius, más adelante explicitarán, aunque ahora se hallan en la mente de sus redactores, o ilustrados en cuadros sinópticos de acusada fuerza comprensiva y un enorme valor didáctico. Esta estructura organizativa aparece implícita en la mayoría de los capítulos. En ocasiones, se explicita mediante epígrafes que, a modo de escolios, se colocan en sus márgenes. Los conceptos o categorías articuladoras proceden de las fuentes ya aludidas, y corresponden a lo que hoy llamamos una geografía astronómica o matemática, una física y otra humana o política, a la que si-

que una regional, compuesta por el mosaico de lugares políticos que integran el territorio. El principio rector de su organización es la lógica deductiva, yendo de lo general a lo particular.

Frente al encanto o fascinación que despiertan los mapas y vistas panorámicas contenidos en los suntuosos atlas, la prosa con que se presentan y describen los atributos o cualidades de los lugares es sobria, escueta, sin concesiones a los matices, ni alardes poéticos. Sólo las dedicatorias y presentaciones iniciales, así como algunos textos incluidos en los atlas, parecen liberados de esta exigencia. Pese al pragmático estilo empleado en aras de la claridad, su lectura resulta poco grata. Se debe a la abundancia de datos y la escasez de apreciaciones personales atractivas o especulaciones críticas o curiosas. Aún así, los escasos juicios expuestos, tales como país montañoso o lugar poco poblado, experimentan una larga vida e influencia en autores posteriores, convirtiéndose en un tópico o estereotipo. El rigor lógico o el espíritu crítico que se deriva del empirismo están eclipsados por el fuerte respeto y subordinación a una tradición, representada por la lealtad a unos autores que eran los consultados y cuyas obras constituían la única o más fiable fuente informativa. De ahí las dificultades que debieron vencer los creadores renacentistas para documentarse y conseguir datos más actualizados, y enriquecer así ese saber establecido. A esta escasa renovación informativa contribuye igualmente la ausencia de escritores autóctonos, corografías, y la carencia de noticias de viajeros, a los que parece que apenas leían. Se advierte por tanto, una cierta endogamia informativa.

Los creadores de estos trabajos son, principalmente, personas aficionadas a la geografía, cuyo esfuerzo está al servicio de los intereses de un editor. Emprenden su tarea pertrechados de un gran alarde erudito y dotados de cualidades como el dominio de la escritura. Expresan la información de manera clara, ordenada y entusiasta, tras haber consultado la mayor parte del saber disponible de los lugares. Su bagaje informativo, es decir, el catálogo de datos y apreciaciones, se plasma y ofrece mediante un producto comercial, susceptible de ganarse el aprecio o rechazo de un público destinatario. De ahí que, condicionados por su venta o éxito comercial, exponen una imagen positiva del lugar, aderezada con manifestaciones halagadoras, extraídas de autores clásicos conocidos; convierten el discurso, en ocasiones, en un relato apologético, similar a los textos encargados por las autoridades del lugar, destinados a despertar la autoestima y admiración. Los relatos son similares a discursos patrióticos o de promoción, proclamadores de las

maravillas de un idílico escenario, plétórico de productos con los que comerciar (opulencia), y poblado por felices y activos habitantes. También detectamos la presencia de autores algo más realistas, que ya gozaron en la época de un destacado prestigio y una gran estima social, a los que podemos calificar de profesionales. Son personalidades que alcanzarán el máximo grado de competencia, viven de los rendimientos que les produce su lucrativa obra, y los admirables trabajos que editan, son, incluso hoy día, muy apreciados en el mercado. Los más carismáticos y aclamados en todos los tiempos están dotados de extraordinario talento y creatividad, exhiben igualmente una vasta formación clásica, y poseen un espíritu más científico. Estos últimos supieron expresar con rigor ese saber, satisfacer plenamente su demanda y, debido al éxito de sus innovadoras obras, suscitar imitadores. Si los primeros son clérigos, profesores o personas con experiencia viajera, los segundos son geógrafos, cartógrafos o asesores políticos, quienes tuvieron ya el privilegio de gozar de la consideración de sus contemporáneos. Nótese la diferencia que puede existir en las semblanzas de Miguel Servet, Fernández de Enciso, Sebastián Münster y Abraham Ortelius, en la creación y popularización del saber geográfico.

¿Qué función desempeñaron estos discursos, responsables de la cultura geográfica de un país? Ya hemos señalado que son creaciones surgidas para satisfacer la demanda de información geográfica existente en la sociedad europea del Renacimiento, que son las únicas fuentes informativas consultables, y que se trata de concepciones creadas para evocar una porción de la realidad. Tales obras fueron responsables de la configuración de la identidad de un país y legitimaron una forma de acercarse y contemplar la realidad. Sus diversas manifestaciones culturales o testimonios tangibles, los austeros manuales frente a la belleza y fascinación de los colosales atlas, corresponden a visiones, aunque particulares o subjetivas, responsables de la aparición de una concepción de la «realidad». Revelan una forma de interesarse e indagar la Península Ibérica o Hispania. Son fruto, por tanto, de una actividad intelectual. A su vez, su presencia en el mercado pone de manifiesto la existencia de una demanda, unos intereses pragmáticos en los usuarios, ya que estas obras son las encargadas de ofrecer un saber calificado como geográfico, a una porción de la sociedad dotada de poder y ansiosa de dominio en beneficio propio. A este carácter pragmático se debe la aparición y creciente auge que experimentan todos estos testimonios culturales; su elaboración obedece a la recuperación y conciliación de diversas tradiciones indagato-

rias de la realidad, al estímulo que supone una creciente demanda de saber acerca del orbe y de los diversos lugares que lo integran, y a la facilidad que ofrece la invención de la imprenta. Sus autores supieron crear un saber, representado gráfica y verbalmente, y evocar, mediante un lenguaje sencillo, la identidad de escenarios y sociedades; supieron despertar y propiciaron la formación de un sentido de lugar, configurado con los atributos asignados en textos e imágenes; acercaron lo lejano, haciéndolo accesible, mediante la lectura, y tangible en atractivas y elocuentes ilustraciones.

V CONCLUSIONES

En las páginas precedentes hemos visto cómo se configura y cuál era la información que de Geografía de España disponía el público culto de los siglos XVI y XVII; hemos examinado los rasgos más destacados que ofrecían las obras producidas; y hemos descubierto cómo unos autores, dotados de una vasta cultura clásica y llevados de un espíritu creativo, emprendieron la tarea consistente en evocar y hacer inteligible una realidad a la que denominamos España. Entre los notables méritos que ofrece este saber, destaca el hecho de ser el continuador de una dilatada tradición. Hemos comprobado que es un saber fragmentado y limitado a ciertas categorías conceptuales. La citada información se halla confinada en capítulos correspondientes a obras de geografía universal. Está elaborada y aderezada con un gran alarde de erudición clásica, combinada con datos empíricos recientes. La metodología empleada por sus creadores, geógrafos de gabinete, consiste en la consulta bibliográfica, de cuyo inventario sobresale la ausencia de una oferta procedente de fuentes autóctonas, como corografías de las diferentes regiones españolas. Es por tanto una imagen muy incompleta e insatisfactoria de la realidad española.

1. SU APARICIÓN

La invención y diseño de esta nueva Geografía de España surge en el contexto de un notable incremento de la cultura geográfica, animada por el deseo de conocer cómo es el mundo. Su aparición se debe a necesidades manifestadas fuera de nuestro país, y fue producida por unos autores que han sido aclamados en todos los tiempos. Sus creadores, equipados de una sólida formación clásica y atentos a los acontecimientos contempo-

ráneos, son los responsables de concebir, expresar y difundir una información —literatura geográfica—, y estimular en los lectores de sus trabajos unas ideas o sensaciones relativas a los atributos o identidad del país. Mediante el empleo de un léxico compuesto de términos populares, y una prosa de retórica sobria, salvo excepciones, esbozan la configuración de un escenario o territorio, señalándonos sus cualidades. Estas últimas están extraídas de las tres culturas, corrientes o tradiciones que conocen, fruto de la consulta del legado clásico. Los marcos culturales inspiradores corresponden al espíritu manifestado en la *Geographia* de Ptolomeo (interés por las magnitudes locacionales y expresión cartográfica de los lugares), la *Historia Natural* de Plinio (atención prestada a los prodigios de la naturaleza), y la *Geografía* de Estrabón (un estilo literario, instructivo y ameno, destinado a mostrar las peculiaridades de los lugares y la sociedad). Los ingredientes informativos contenidos en sus obras, es decir, la proporción de datos e ideas procedente de cada una de estas culturas o discursos, varía en los diversos autores. Su secuencia u organización, establecida desde el comienzo, obedece a una sistematización lógica, la estructura deductiva, que acabará imponiéndose y siendo asumida por todos. Y la retórica con que aparecen expuestos los datos es una mezcla de pragmatismo y sentido artístico; el primero, basado en el realismo, trata de hacerlos comprensibles; el segundo, trata de aliviar y acelerar su eficacia mediante la elegancia de una presentación atractiva elaborada con acusado gusto estético.

Aunque hay algún autor que se apoya en su experiencia personal, hecho muy singular, la mayor parte elabora su discurso mediante la consulta bibliográfica y la meticulosa recogida de información creíble. Es por tanto una cultura geográfica formada tras la consulta de una copiosa bibliografía, y de la que está ausente la especulación fantástica de la etapa medieval. Reaparece así una tradicional manera de hacer geografía, la de gabinete o estudio, ya cultivada en el lejano pasado, aunque con una nueva sensibilidad. Las autoridades citadas corresponden a aquellas fuentes por las que sienten mayor admiración, y constituyen el único argumento esgrimido, siendo el que añade veracidad y riqueza a sus consideraciones. Para la redacción de los capítulos utilizan principalmente fuentes publicadas en sus lugares de origen, que son las más accesibles. No aparecen citados libros de autores que deambularon por nuestro país con aficiones naturalistas, como Clusius. Su inventario nos proporciona los principales autores que se han interesado y escrito sobre nuestro país, tanto contemporáneos

como del lejano pasado. También consultan escritores hispanos, siendo su aportación empírica escasa, y las citas que extraen de ellos están destinadas a ofrecernos datos del pasado o a avalar el tono exaltador o admirativo del discurso.

Es un saber que pese a su homogeneidad o monolitismo informativo, registra notables variaciones, así como ligeras innovaciones en el transcurso del tiempo. La variedad mayor se debe a su retórica, el aspecto más tangible, fruto del ingenio y creatividad aportado por sus diversos creadores. En cuanto a los cambios que acusa, aunque no son tan llamativos como los retóricos, obedecen a la creciente preocupación por la observación directa y la indagación social, con la pérdida de interés por lo que señalaron los clásicos. Salvo excepciones, escasean los datos novedosos y relevantes, procedentes de viajeros atentos e interesados en conocer la realidad natural, no así la social. Quizá la aportación de algunos de estos últimos, sea responsable de la presencia y propagación de ciertos tópicos, como consecuencia de la generalización o magnificación de alguna de sus ideas. El paso del tiempo revela un interés creciente por conocer y ponderar las magnitudes sociales, como el número de habitantes, su producción o las rentas de sus nobles. Previamente, los datos cuantitativos correspondían a coordenadas, clima astronómico y distancias. Para los cartógrafos, estas magnitudes serán la base esencial para poder trazar sus mapas.

Esta cultura geográfica aparece y se difunde mediante publicaciones diversas en cuanto a calidad y precio. En la tipología de obras que hemos establecido, un primer grupo está compuesto por la edición del denominado legado clásico. Corresponde a los trabajos escritos por prestigiosos autores del pasado, como Ptolomeo, Estrabón, Mela y Plinio. A ellos hay que agregar otros menores, los cuales no gozaron de similar estima. Estas obras pronto dejaron de ser imprescindibles, debido a la anacrónica información que ofrecían. Sin embargo, durante el breve apogeo que experimentaron, fueron fecundas en ideas y sugerencias, ayudando a despertar el interés y popularizar un saber, lo que explica su éxito y el fervor tributado a sus autores. Inspiradas en ellas, pronto surgieron otras contribuciones similares, continuadoras de sus intereses. Como testimonio del inicio de una nueva fase o ciclo en la producción de saber geográfico, destaca la edición de datos actualizados de los lugares, unidos a los clásicos. Al comienzo, son unas breves descripciones y consideraciones, «injertadas» en la *Geographia* de Ptolomeo, aparecidas por primera vez, en la edición que efectúa Miguel Servet

(1535). Este brote de saber actualizado crecerá incesantemente, hasta dar lugar a su trasplante a obras similares, anunciadoras de la presencia de otra nueva etapa. Pese a las diferencias existentes entre estas obras y las clásicas, la fecundidad del legado clásico es más que evidente, siendo durante este período, referencia obligada y modelo.

La nueva producción cultural, que desde ahora se pone a disposición del público, aparece denominada con diversos títulos, como cosmografías, relaciones universales, teatros del orbe, espejos o atlas. Más adelante, dentro de este conjunto de publicaciones creadas por autores renacentistas, y debido al creciente auge que experimenta, asistiremos al nacimiento de las primeras monografías geográficas consagradas a España.

Curiosamente, entre los escritores no parece existir un prejuicio o destacada sensibilidad hacia las fuentes que manejan, ya que, por ejemplo, no diferencian las históricas de las contemporáneas; tampoco se detecta un espíritu crítico aplicado a las fuentes que consultan; emplean todas ellas simultáneamente, sin decantarse hacia las coetáneas o las de autores autóctonos. Las actitudes críticas o discriminaciones, que debieron existir, no aparecen explícitas. Exhiben una extraordinaria cortesía y erudición como resultado de la afición por el pasado geográfico, y también como garantía de la veracidad del texto.

2. SUS AUTORES Y VISIONES

De las peculiaridades que exhibe este discurso, se desprende que sus autores están equipados de una sólida cultura, fruto de la lectura del legado clásico, convenientemente asimilado, y contagiados de sus mismos gustos. Pertrechados con tales armas, tratan de satisfacer la curiosidad que sus destinatarios coetáneos se plantean: cómo es el país, cómo son sus habitantes, cuál es su organización política, quiénes son sus dignatarios y cuál es la extensión y riqueza de los reinos, provincias o áreas que lo integran. Las ediciones revelan claramente las aspiraciones culturales del público al que van dirigidas, diverso, como corresponde a los datos existentes en su contenido, y, sobre todo, la manera de presentarlos, y ofrecen aquellos temas o peculiaridades que a ellos más les interesan. Las cuestiones que se formulan sus autores obedecen a los criterios, cualidades o propiedades empleados para presentarnos cualquier país: escenario, personas, peculiaridades que poseen, sus riquezas, las costumbres, autoridades políticas y religio-

nes, todo ello aderezado en un marco temporal o cronológico diverso. Y muestran su preocupación comunicativa en la obsesión por la claridad y el orden, tratando de hacerlo lo más asimilable posible; de ahí la agregación de cuadros, mapas, vistas y otras ilustraciones con que aparece documentado el texto.

También suscita nuestra atención conocer los rasgos o peculiaridades que ofrece su imagen de España, la identidad que proyectan en sus capítulos. Es, ante todo, una visión elemental, sencilla, compuesta de escasos datos. En las obras más lujosas es apologética, y está salpicada de elogiosas frases pronunciadas por los clásicos, prestando interés y subrayando sus méritos, evocando sus riquezas, bienestar, exuberancia, bondad de su entorno y valor de sus habitantes. Para estos autores, se trata de una realidad exótica, en ocasiones algo idílica, que contemplan fijándose en lo prodigioso, aquello que resulta más llamativo o curioso, lo que consideraban raro o maravilloso, desde el punto de vista de su naturaleza y entorno próximo. También revelan un afán enciclopédico, por la variedad de datos que contienen, sobre todo, en las contribuciones exentas; y racional, atendiendo a la lógica que subyace en su organización, aplicando un orden, expresando unas magnitudes, y, pese a haberse desprendido de lo fantástico que caracteriza la etapa medieval precedente, en ocasiones aluden a sus mitos o tópicos, y a su glorioso pasado. Los atractivos mapas que dibujan, junto a las seductoras ilustraciones que agregan, animan y enriquecen el valor de estas descripciones o presentaciones, ayudando extraordinariamente a hacerlo verídico y asequible. La creación de estas imágenes o testimonios visuales obedece a una creciente concienciación del entorno, y a un espíritu cada vez más realista o racional, tratando de documentar y ofrecer evidencias que evoquen mejor esa «realidad». Son los documentos informativos que contribuyen de manera más eficaz, a hacer sentir, más que conocer o contemplar, la identidad de un país o lugar.

3. SUS CONSUMIDORES O DESTINATARIOS

La existencia y crecimiento de este legado bibliográfico están vinculados a la aparición de una demanda y la necesidad de satisfacerla. El público destinatario está compuesto de eruditos, mercaderes y, sobre todo, de una aristocracia, que aunque menor en número, esta formada por las altas jerarquías políticas y religiosas del momento. A su vez, tanto la aparición de esta oferta, como los méritos que poseen sus diferentes ejemplares en

los que figura este discurso, varía. En primer lugar, su invención está asociada a la aparición de unas geografías universales, como respuesta a la curiosidad despertada por el saber de esta naturaleza, en la sociedad erudita europea. Aunque es una circunstancia que puede parecer poco relevante, es la necesidad de disponer de información de este lugar, la Península Ibérica, lo que obliga a los autores, a documentarse y dotar de contenido a esta porción del ecumene. Coadyuva a su difusión y consumo, en segundo lugar, el progreso que experimenta una industria editora, cuya función es la de ofrecer datos y consideraciones útiles. En tercer lugar, hay que destacar la forma que adopta esta información, diseñada mediante el empleo de una retórica laudatoria, atractiva, fascinante, como no podía ser de otra manera; cualquier otra manifestación retórica o representación, no hubiera gozado del favor de los poderes públicos y se hubiera perseguido. Los modestos manuales, por el contrario, apenas muestran encanto estético. En cuarto lugar, debemos reconocer la existencia de unos autores, que sensibles a los gustos del público al que iban dirigidas y dotados de un admirable talento recopilador, supieron plasmar esa información en narraciones o imágenes visuales atractivas.

4. SUS FUNCIONES Y CAMBIOS EXPERIMENTADOS

Aunque la información se enriquece permanentemente, se trata de un discurso cuya estructura o composición experimenta escasas transformaciones en el transcurso de estos lustros. El modelo que siguen apenas acusa cambios internos. Sin embargo, la presentación estética con que se exhibe varía acusadamente, así como las funciones que desempeñan. Los diversos ingredientes retóricos se emplearon con mayor o menor profusión y esmero, dependiendo de los destinatarios a los que dirigían el producto, y de su precio final, como evidencia el contraste entre los fascinantes atlas y los modestos manuales.

¿Qué importancia intelectual poseen todas estas aportaciones? Para apreciar todos sus méritos debemos distinguir y reconocer los numerosos esfuerzos desplegados tanto en la creación de este legado como en la información que contienen. Como todo saber relativo a cualquier *terra incognita*, el valor de este patrimonio geográfico es incalculable y forma parte de una de nuestras señas de identidad: la dilatada historia de la geografía y su contribución a la identidad de los lugares y la disponibilidad de testimonios que permiten admirar el

empeño puesto por sus creadores en conocer y comunicar la realidad de la superficie terrestre. En cuanto a la información contenida en las obras que integran este legado, debemos reconocer que es la única disponible, la que contribuye, junto a la tradición oral, a la difusión del saber geográfico de España. Aunque es escasa, parcial, y en ocasiones con generalizaciones que exigen su matización, apreciamos la iniciativa y el esfuerzo desplegado por unos autores para brindar un saber. Pese a sus insuficiencias, será una información que no se acrecentará de manera espectacular en los siglos siguientes, frente a lo que sucede en los países europeos, en los que sí se multiplicarán otras manifestaciones culturales de indagación de su territorio, como corografías e historias naturales de territorios a otras escalas. Los datos reunidos en este legado bibliográfico serán los únicos accesibles al público estudioso. Sus recopiladores gozaron de prestigio en círculos culturales como el de la Reforma, y sus obras fueron ampliamente leídas y citadas dentro de ese área cultural, aunque no aquí. Sus ideas, procedentes de fuentes bibliográficas diversas, contribuyeron a forjar unas concepciones de los lugares, y constituyeron un influyente instrumento en el que se basó la producción cultural, único recurso disponible, junto a la tradición oral, para acercarse y conocer territorios o lugares alejados.

Si la historia que se produce en esta etapa desempeña una deliberada función encomiástica, responsable de la creación de un pasado en el que sólo aparece lo brillante y glorioso, la geografía o corografía, responde y se halla animada por otro espíritu. Si el ingenio desple-

gado por los apasionados cronistas e historiadores se pone al servicio de las élites, contribuyendo a que la sociedad sea imaginada como ejemplar, exaltando y honrando exageradamente las virtudes mostradas por sus antepasados, alardeando de su poder y hazañas, con la intención de despertar el orgullo y la grandeza de los contemporáneos, el cultivo de la geografía combina dos actitudes algo antagónicas o contradictorias. Por un lado, contagiados sus autores de sentimientos similares, estimula y promueve sensaciones de orgullo, insertando las halagadores frases acerca del país pronunciadas en el pasado; coadyuva sutilmente, a despertar la admiración por el lugar. Por otro, sus cultivadores están animados de un mayor realismo y cierto escepticismo; renuncian a seguir alimentando las fantasías de Occidente, enumerando, en su lugar, algunos de sus rasgos naturales y sociales; de ahí que sus mensajes estén inspirados por un espíritu más observador. Su cortesía y deseo de complacer a sus lectores les lleva a presentar evocadores escenarios, salpicados de fenómenos algo prodigiosos, y poblado de residentes laboriosos. Este espíritu se aprecia todavía más, en las descripciones por pintura, como se decía en la época, o mapas, que son las que exhiben mayor realismo. El proyecto surgido en el Renacimiento, tendente a hacer inteligible la realidad de la superficie terrestre, inspirado y alimentado por diversas tradiciones clásicas, crea el embrión o esbozo de un discurso que ulteriormente cobrará otra forma y contenido, alentado por la cultura y valores de la Ilustración, relegando parte del humanismo y sensibilidad estética precedentes.

B I B L I O G R A F Í A

ANDERSON, K. y GALE, F. Eds. (1992): *Inventing Places: Studies in Cultural Geography*. Longman.

BAKER, A. R. H. y BIGER, G. (1992): *Ideology and landscape in historical perspective. Essays on the meanings of some places in the past*. Cambridge University Press.

BARNES, T. y DUCAN, J. Eds. (1992): *Writing Worlds: Discourse, Text and Metaphor in the representation of landscape*. London: Routledge.

BECKER, J. (1917): *Los estudios geográficos en España. Ensayo de una historia de la geografía*. Madrid: Publicacio-

nes de la Real Sociedad Geográfica. Establecimiento Tipográfico de Jaime Ratés.

BLÁZQUEZ, A. (1909): *Geografía de España en el siglo XVI. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia*. Madrid: Establecimiento Tipográfico de Fortanet.

BOWEN, M. (1981): *Empiricism and Geographical Thought. From Francis Bacon to Alexander von Humboldt*. Cambridge University Press.

BROC, N. (1980): *La géographie de la Renaissance (1420-1620)*. Paris: Bibliothèque Nationale.

- BULLÓN, E. (1928): *Miguel Servet y la Geografía del Renacimiento. Discursos leídos ante la Real Academia de la Historia*. Madrid: Imprenta de Ramona Velasco.
- BÜTTNER, M. y BURMEISTER, K. H. (1979): «Sebastian Münster 1488-1552». *Geographers. Biobibliographical Studies*. Vol. 3. 99-106.
- BUTZER, K. W. (1992): «From Columbus to Acosta: Science, Geography and the New World», *Annals of the Association of American Geographers*, 82: 3, 543-565.
- COSGROVE, D. y DANIELS, S. Eds. (1988): *The iconography of landscape*. Cambridge University Press.
- CURRY, M. R. (1991): «Postmodernism, language and the straits of modernism», *Annals of Association of American Geographers*, 81: 2, 210-228.
- DAINVILLE, F. de (1940): *La Géographie des humanistes*. Geneve: Slatkine Reprints (1969).
- DUNCAN, J. S. y LEY, D. (1993): *Place/Culture/Representation*. Routledge.
- DRIVER, F. y ROSE, G. Eds. (1992): *Nature and Science: essays in the history of geographical knowledge*. Cheltenham: Historical Geography Research Group.
- FERNÁNDEZ VALLÍN, A. (1892): *Cultura científica de España en el siglo XVI. Discurso leído ante la Real Academia de Ciencias*. Madrid: Establecimiento Tipográfico Sucesores de Rivadeneira.
- FUNDACIÓN CARLOS DE AMBERES (1995): *De Mercator a Blaeu. España y la Edad de Oro de la Cartografía en las Diecisiete provincias de las Países Bajos*. Madrid: Fundación Carlos de Amberes (Catálogo de la exposición).
- HARLEY, J. B. (1988): «Silences and secrecy: The hidden agenda of cartography in early modern Europe». *Imago Mundi* 40, 57-76.
- HARLEY, J. B. (1989): «Deconstructing the map». *Cartographica* 26: 2, 1-20.
- HERNANDO, A. (1992): «La Geographia de Ptolomeo y los primeros mapas de España», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*. Tomo CXXVIII, 93-123.
- HERNANDO, A. (1995): *El Mapa de España. Siglos XV-XVIII*. Madrid: Instituto Geográfico Nacional.
- HERNANDO, A. (1998): *Contemplar un territorio. Los mapas de España en el Theatrum de Ortelius*. Madrid: Instituto Geográfico Nacional.
- HOOSON, D. (1994): *Geography and national identity*. Oxford: Basil Blackwell.
- KAGAN, R. L. (1995): «La Corografía en la Castilla moderna. Género, historia, nación». *Studia Historica. Historia Moderna*, vol. XIII, 47-59.
- LECHNER, J. (1995): «Apuntes sobre España en la cartografía holandesa del siglo XVII», en JAN LECHNER y HARM DEN BOER, Eds. *Diálogos Hispanos. Ponencias presentadas durante el Quinto Coloquio Hispano-holandés de Historiadores*. Universidad de Leiden, 1993. Amsterdam, Atlanta, 1995, 265-277.
- LIVINGSTONE, D. N. (1992): *The Geographical Tradition. Episodes in the history of a contested enterprise*. Oxford: Blackwell.
- PHILLIPS, R. S. (1993): «The language of images in geography», *Progress in Human Geography*, 17: 2, 180-194.
- RELPH, E. (1985): «Geographical experiences and being-in-the-world: the phenomenological origins of geography», en D. SEAMON y R. MUGERAVER Eds. *Dwelling, Place and Environment*. New York: Columbia University, 15-32.
- REPARAZ-RUIZ, G. de (1940): «La Cartographie terrestre dans la Péninsule Ibérique au XVI et XVII siècle et l'oeuvre des cartographes portugais en Espagne», *Rev. Geogr. de Pyrenées et du Sud-Ouest*, XI, 167-202.
- REPARAZ, G. de (1943): «Historia de la Geografía de España», en J. GAVIRA Director. *España. La Tierra. El Hombre. El Arte*. Barcelona: Editorial Alberto Martín, 9-134.
- TAYLOR, E. G. R. (1934): *Late Tudor and Early Stuart Geography. 1583-1650*. New York: Octagon Books, Inc. (Facsimil 1968).
- TUAN, Yi-Fu (1991): «Language and the making of Place: A narrative-descriptive approach», *Annals of the Association of American Geographers* 81: 4, 684-696.
- VILÁ VALENTÍ, J. (1989): *El conocimiento geográfico de España. Geógrafos y obras geográficas*. Madrid: Síntesis.
- WRIGHT, J. K. (1966): *Human nature in Geography*. Harvard University Press.